

Sociedad Bolivariana del Ecuador



JUAN MONTALVO

Los Héroes de la Emancipación de la Raza Hispanoamericana



ABRIL 13 DE 1932

Imprenta Nacional—Quito.



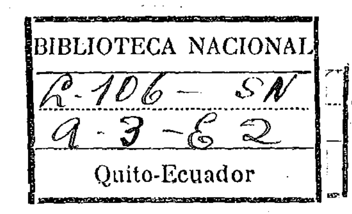




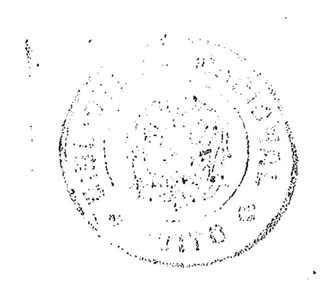
(Oleo de César Villacrés)

JUAN MONTALVO

13 de abril de 1832—13 de abril de 1932



Ofrenda de la Sociedad Bolivariana del Ecuador en el Primer Centenario del Natalicio del eximio literato ecuatoriano Don Juan Montalvo.





SIMON BOLIVAR

"Libertad era su dios vivo; después del Todopoderoso, a élla rendía culto su grande alma"

MONTALVO



SIMON BOLIVAR

Al tiempo que el Genio de la guerra se coronaba emperador de Francia por mano de un pontífice cautivo, corría la Europa un hijo del Nuevo Mundo, poseído de inquietud indefinible que no le daba punto de reposo. De ciudad en ciudad, de gente en gente, ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa, y vuelve y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino. *Est Deus in nobis*, exclama el poeta, gimiendo bajo el poder de Apolo, en la desesperación que le causa la tiranía de las Musas. Dios está en el pecho del poeta, Dios en el del filósofo, Dios en el del santo, Dios en el del héroe, Dios en el de todo hombre que nace al mundo con destino digno de su Creador: belleza, verdad, beatitud son cosas dignas de él: la

libertad es también digna de él: él es el libre por excelencia: la libertad es bella, verdadera, santa, y por lo mismo tres veces digna de Dios. No el Genio impuro del vicio, ni el amable Genio del placer le poseen a ese desconocido, sino un Genio superior a todos, el primero en la jerarquía mundana, el Genio de la libertad encendido en las llamas del cielo. Tiene un dios en el corazón, dios vivo, activo, exigente, y de allí proviene el desasosiego con que lucha, sintiendo cosas que no alcanza, deseando cosas que no sabe. El dios sin nombre, el dios oculto a quien adoraban en Atenas, le pareció a San Pablo la divinidad más respetable. La más respetable, sí, pero la más temible, la más insufrible, por cuanto el seno del hombre no ofrece tanto espacio como requiere la grandeza de un dios que se extiende infinitamente por lo desconocido. De Madrid a París, de París a Viena, de Viena a Berlín, de Berlín a Londres no para el extranjero: ¿qué desea? ¿qué busca? El dios de su pecho le atormenta, pero él no le conoce todavía, si bien columbra algo de grande en la obscuridad del porvenir, y ve apun-

tar en el horizonte la luz que ha de ahuyentar la hambrienta sombra que le devora el alma. No podemos decir que no procurase poner remedio a su inquietud, cuando sabemos por él mismo que en tres semanas echó a mal treinta mil duros en una de esas capitales, como quien quisiese apartar los ojos de sí mismo, dando consigo en un turbión de logros y deleites. O era más bien que tenía por miserables sus riquezas sino daba como rey, él que había nacido para rehusar las ofertas de cien agradecidos pueblos. Si la vanidad no es flaco de las naturalezas elevadas, el esplendor les suele influír, en ocasiones: mal de príncipes, si ya la inclinación a lo grande es enfermedad en ningún caso.

Llamábase Bolívar ese americano; el cual sabiendo al fin para lo que había nacido, sintió convertirse en vida inmensa y firme la desesperación que le mataba. La grande, muda, inerme presa que España había devorado trescientos largos años, echa al fin la primer queja y da una sacudida. Los patriotas sucumben, el verdugo se declara en ejercicio de su ministerio, y el Pichincha siente

los pies bañados con la sangre de los hijos mayores de la pátria. Bien sabían éstos que el fruto de su atrevimiento sería su muerte; no quisieron, sino dar la señal, y dejar prendido el fuego que acabaría por destruir al poderoso tan extremado en la opresión como dueño de llevarla adelante. ¿Qué nombre tiene ese ofrecer la vida sin probabilidad ninguna de salir con el intento? Sacrificio; y los que se sacrifican son mártires; y los mártires se vuelven santos; y los santos gozan de la veneración del mundo. Nuestros santos, los santos de la libertad, santos de la patria, si no tienen altares en los templos, los tienen en nuestros corazones, sus nombres están grabados en la frente de nuestras montañas, nuestros ríos respetan la sangre corrida por sus márgenes y huyen de borrar esas manchas sagradas. Miranda, Madariaga, Roscio a las cadenas; Torres, Caldas, Pombo, al patíbulo. Pero los que cogieron la flor de la tumba, los que desfilaron primero hacia la eternidad coronados de espinas bendecidas en el templo de la patria, se llaman Ascásubi, Salinas, Morales, y otros hombres, grandes en su obs-

curidad misma, grandes por el fin con que se entregaron al cadalso, primogénitos escogidos para el misterio de la redención de Sud América. La primera voz de independencia fué a extingirse en el sepulcro: Quito, primera en intentarla, había de ser última en disfrutarla: así estaba de Dios, y doce años más de cautiverio se los había de resarcir en su montaña el más virtuoso de los héroes. Ese ¡ay! de tan ilustres víctimas; ese ¡ay! que quería decir: ¡Americanos, despertaos! ¡americanos, a las armas! llegó a Bolívar, y él se creyó citado para ante la posteridad por el Nuevo Mundo que ponía en sus manos sus destinos. Presta el oído, salta de alegría, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso tácitamente contraído con las generaciones venideras. Vuela, mas no antes de vacar a una promesa que tenía hecha al monte Sacro, mausoleo de la Roma libre, porque el espíritu de Cincinato y de Furio Camilo le asistieran en la obra estupenda a la cual iba a poner los hombros. Medita, ora, se encomienda al Dios de los ejércitos, y en nao veloz cruza los mares a

tomar lo que en su patria le corresponde de peligro y gloria.

Peleó Bolívar en las primeras campañas de la emancipación a órdenes de los próceres que, ganándole en edad, le ganaban en experiencia; y fué tan modesto mientras hubo uno a quien juzgó superior, como fiero cuando vió que nadie le superaba. Bolívar, después del primer fracaso de la república, tuvo la desgracia de ser uno de los que arrestaron al generalísimo, achacándole un secreto que no podía caber en la conducta de tan claro varón, soldado de la libertad que había corrido el mundo en busca de gloriosa muerte. Si historiador o cronista ha explicado el motivo de esa vergonzosa rendición del ejercito patriota, no lo sé. Sin batalla, sin derrota, seis mil valientes capaces de envestir con Jerjes bajan las armas ante enemigo menor en número, sin más capitán que un aventurero levantado, no por las virtudes militares, sino por la fortuna. Miranda expió su falta con largos años de prisión, agonizando en un calabozo, donde no padeció mayor tormento que el no haber vuelto a tener noticia de su

adorada Venezuela, hasta que rindió el espíritu en manos del único a quien es dado saber todas las cosas.

No era Bolívar el mayor de los oficiales cuando hubo para sí el mando del ejército; y con ser de los más jóvenes, principió a gobernarle como general envejecido en las cosas de la guerra. Hombre de juicio recto y voluntad soberana, aunque temblaran cielos y tierra sus órdenes habían de ser obedecidas. En los ojos tenía el domador de la insolencia, pues verle airado era morirse el atrevido. Estaba su corazón tomado de un fluído celestial, y no era mucho que su fuego saliese afuera ardiendo en la mirada y la palabra. La fuerza física nada puede contra ese poder interno que obra sobre los demás por medios tan misteriosos como irresistibles. Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan. Pirro, agonizante, hace caer de la mano la espada del que iba a cortarle la cabeza, con una mirada, ¡qué mirada! eléctrica, espantosa: en ella fulguran el cielo y el infierno. Mario pone en fuga al cimbrio que viene a asesinarle, sin

moverse, con solo echarle la vista; y se dice que la mirada de César Borgia era cosa imposible de sostener. El general Páez habla de los ojos de Bolívar encareciendo el vigor de esa luz profunda, la viveza con que centellaban en ocasiones de exaltación. Y sino, ¿por dónde había de verse el foco que arde en el pecho de ciertos hombres amasados de fuego y de inteligencia? La medianía, la frialdad, la estupidez miran como la luna, y aun pudieran no tener ojos. Júpiter mueve los suyos, y treme el firmamento. Homero sabía muy bien lo que convenía a los inmortales.

Naturalezas bravías incapaces de avenirse al yugo de la obediencia, no eran los compañeros de Bolívar hombres que cooperaran a su obra con no desconcertarle sus planes; antes con la sedición dejaron muchas veces libre al enemigo, una vez recobrado, formidable. Pero los atrevidos las habían con uno que daba fuerza al pensamiento, mostrando con los hechos la superioridad de su alma, y tenían que rendirse al genio apoyado por la fuerza. Así fué como en lo mejor de la campaña quitó de

por medio a un jefe tan valeroso como turbulento, tan útil por sus hazañas como embarazoso y dañino por sus pretenciones desmedidas. Terrible, inexorable, manda el general pasar por las armas al león, y el invicto Piar entrega en manos de sus compañeros una vida, preciosa para la patria, si menos apasionada. Tras que este ejemplo de rigor era justo desagravio de la autoridad ofendida, no había otra manera de poner a raya los disparos de la ambición, la cual se sale de madre siempre que no se le opone sino el consejo y las caricias. No en vano ciñe espada el príncipe, dice un gran averiguador de verdades: no en vano ciñe espada el caudillo de una revolución: libertad y anarquía son cosas muy diferentes. Habían sacudido el yugo los fieros hijos de una tierra que no es buena para esclavos, y su ahinco se cifraba en irse cada uno con la corriente de su propia voluntad; cosa que hubiera traído el perderse la república, pues donde muchos mandan el orden viene mal servido, y la desobediencia vuelve inútiles los efectos del valor. Si el más fuerte no los dominara con su poder olímpico,

término llevaban de ser todos ellos dictadores. En esto es superior el héroe americano a los grandes hombres antiguos y modernos; ninguno se ha visto en el duro trance de haber de rendir a sus compañeros de armas al tiempo que el enemigo común cerraba con unos y otros. Alejandro no hubiera llevado adelante sus conquistas, si sus capitanes le hubieran disputado la primacía; César no hubiera subido en carro triunfal al Capitolio, si entre sus conmilitones se contaran ambiciosos del mando, envidiosos de su gloria. Napoleón mismo no experimentó la ingratitud de sus tenientes sino cuando los hubo puesto sobre el trono: en tanto que ese monstro se iba tragando el mundo, todos le obedecían y servían de buen grado. Bolívar tuvo que sojuzgar a más de un Rotolando; no eran otra cosa Bermúdez, Mariño, Ribas: tuvo que fusilar leones como Piar: tuvo que servirse de los mismos que no perdían ocasión de traer algún menoscabo a su prestigio, y para esto fué preciso que ese hombre abrigase en su pecho caudales inmensos de energía, fortaleza, constancia. En pudiendo crecer su propia

autoridad, pocos tenían cuenta con lo que debían a la patria; y si bien todos anhelaban por la independencia, cada cual hubiera querido ser el a quien se debiese su establecimiento. Represen la ambición en pro de la república hasta cuando los enemigos de ella se declaran vencidos; y puesto que ningún tiempo es hábil para soltar la rienda a esa pasión bravía, mal por mal, primero la guerra civil que el triunfo de las cadenas.

No era don Simón amigo de recoger voluntades, como suelen los que no alcanzan espíritus para causar admiración, ni fuerzas para infundir temor: el cariño que brota sin saber cuando de en medio del respeto, ese es el acendrado; que el amor de los perversos lo granjeamos con la complicidad, el de los soberbios con someternos a ellos, y el de los vanidosos con deferir a su dictamen. Por lo que mira al de los ruines, bien como al de ciertos animales, cualquiera se lo capta con el pan. Aquel flujo por andar haciéndose querer de éste y del otro por medio de halagos y caricias, no conviene a hombres respetables por naturaleza, los

cuales tienen derecho al corazón de sus semejantes; y menos cuando el resorte del temor es necesario, en circunstancias que más rinde la obediencia ciega que el afecto interesado. A Aquiles, a Héctor no se les quiere, se les admira; a Napoleón se le teme: a Washington se le venera: a Bolívar se le admira y se le teme. En ocasión tan grande como la libertad de un mundo, el protagonista del poema no ha de ser amable; ha de ser alto, majestuoso, terrible: feroz no, no es necesario; cruel no, no es conveniente; pero firme, grande, inapeable, como Bolívar. Seguro estaba de entrar con él en gracia el que hacía una proeza; y no se iba a la mano en los encomios, como hombre tan perito en los achaques del corazón, que a bulto descubría el flaco de cada uno: dar resquicio a la familiaridad, nunca en la vida. La familiaridad engendra el desprecio, dicen. Hombre que supo todo no pudo ignorar las máximas de la filosofía. Mas nunca tomó el orgullo y el silencio por partes de la autoridad, pues cuando callaban las armas su buen humor era presagio de nuevos triunfos. La alegría inocente es

muy avenidera con la austeridad del alma, puesto que la moderación ande ahí juntándoles las manos. En uno de sus banquetes, el vencedor de Darío propuso un premio para el que más bebiese: Prómaco se bebió ocho azumbres de vino, y lo ganó. A la vuelta de tres días la muerte se lo había comido al bebedor. Otra ocasión se tomó a burlar con el poeta Charilao, ofreciéndole un escudo por cada buen verso de los que debía leer, como llevase un cachete por cada uno de los malos. El poeta llenaba la faltriquera, pero ya le saltaba la sangre por las mejillas. El conquistador risa que se moría. No sé que Napoleón hubiese adolecido de flaquezas semejantes. Bolívar nunca. Borracho al fin el hijo de Filipo.



Austero, pero sufrido; pocas virtudes le faltaban. Si el sufrimiento no se aviniera con la fogocidad de su alma cuando el caso lo pedía ¿qué fuera hoy de independencia y libertad? Sus aborrecedores agrávios, él silencio; sus envidiosos calumnias, él desprecio; sus rivales provocaciones, él prudencia: con el ejército enemigo, un león: se echa sobre él y lo devora. Los huesos con que

están blanqueando los campos de Carabobo, San Mateo, Boyacá, Junín acreditan si esa fiera novilísima era terrible en la batalla. Si de la exaltación pudiera resultar algo en daño de la república, un filósofo. Cuando el fin de las acciones de un hombre superior es otro que su propio engrandecimiento, sabe muy bien distinguir los casos en que ha de imperar su voluntad de los en que se rinde a la necesidad. Su inteligencia no abrazaba solamente las cosas a bulto, pero las deslindaba con primoroso discernimiento; y nunca se dió que faltase un punto a la gran causa de la emancipación apocándose con celos, odios ni rivalidades. En orden a las virtudes, siempre sobre todos: cuando se vió capitán, luego fue Libertador. Imposible que hombre de su calidad no fuese el primero, aun entre reyes. Como caudillo, par a par con los mayores; de persona a persona, hombre de tomarse con el Cid, seguro que pudiera faltarle el brazo en diez horas de batalla, el ánimo ni un punto. Pero ni el brazo le falta: el vigor físico no es prenda indiferente en el que rige a los demás. Palante yace ex-

tendido boca arriba en las tierras de Evandro con una herida al pecho, la cual nada menos tiene que dos pies de longitud. Eneas se la dió. Un trotón sale corriendo por el campo de batalla de entre las piernas de su caballero, cuando éste ha caído en dos mitades, una al un lado, otra al otro, partido desde la cabeza de un solo fendiente. Pirro es el dueño de esta hazaña. ¿Y quién se bota al suelo, se echa sobre la granada que está humeando a sus piés y la aplica a las fauces de su caballo que baila enajenado? Ah, estos poetas de la acción labran sus *poemas en formas* visibles, y los del pensamiento las estampan en caracteres perpetuos. Napoleón es tan poeta como Chateaubriand, Bolívar tan poeta como Olmedo.

Fervoroso, activo, pronto, no era hombre don Simón cuyo genio fuese irse paso a paso en las operaciones de la guerra; antes si mal resultó en ella varias veces, fué por sobra de ardor en la sangre y de prontitud en la resolución. De Favio Máximo no mucho, de Julio César poco, todo de Alejandro en el determinarse y el acometer. Cierta ocasión que había

dejado mal seguras las espaldas, reparó con la celeridad el daño de la imprudencia; porque revolviendo sobre el enemigo cuando éste menos lo pensaba, hizo en él estragos tales, que el escarmiento fué igual a la osadía: unos a punta de lanza, otros ahogados en la fuga, dió tan buena cuenta de ellos, que si alguno se escapó fué merced al paso que llevaba. Agualongo, caudillo famoso, griego por la astucia, romano por la fuerza de carácter, sabe si a uno como Bolívar se le podía acosar impunemente. Pocas veces erró Bolívar por imprevisión: el don de acierto comunicaba solidez a sus ideas, y al paso que iba levantando muy alto en el ingenio, asentaba el pié sobre seguro, creciendo su alma en la erección con que propendía de continuo hacia la gloria. El leer y el estudiar habían sido en él diligencias evacuadas en lo más fresco de la juventud, sin que dejase de robarle a ésta buenas horas destinadas a las locuras del amor; lo que es en la edad madura, tiempo le faltó para la guerra, siendo así que combatió largos veinte años con varia fortuna, hasta ver colocada la imagen de la libertad en el altar de

la patria. El cultivo de las letras más sociego necesita del que permite el ruido de las armas; ni es de todos el dar ocupación a la pluma a un mismo tiempo que a la espada, César trasmitía a la posteridad sus hechos según los iba consumando, ¡y en qué escritura si pensáis! Las obras del acero, como suyas; la prosa en que las inmortalizaba, medida por la de Cicerón. En los hombres extraordinarios, esos que prevalecen sobre cien generaciones, y dominan la tierra altos como una montaña, el genio viene armado de todas armas, y así menean la cuchilla como dejan correr la pluma y sueltan la lengua en sonoros raudales de elocuencia. Guerrero, escritor, orador, todo lo fué Bolívar, y de primera línea. El pensamiento encendido, el semblante inmutado, cuando habla de la opresión, "la dulce tiranía de los labios" es terrible en el hombre que nació para lo grande. Su voz no ostentaba lo del trueno, pero como espada se iba a las entrañas de la tiranía, fulgurando en esos capitolios al raso que la victoria erigía después de cada gran batalla. Cuéntase que al penetrar en el recinto del congre-

so, libertada ya Colombia y constituída la República, entró que parecía ente sobrehumano por el semblante, el paso, el modo, y un aire de superioridad y misterio, que dió mucho en que se abismasen los próceres allí reunidos. Una obra inmensa llevada a felice cima; batallas estupendas, triunfos increibles, proezas del valor y la constancia, y por corona la admiración y el aplauso de millones de hombres, son en efecto para comunicar a un héroe ese aspecto maravilloso con que avasalla el alma de los que le miran, agolpándoseles a la memoria los hechos con los cuales ha venido a ser tan superior a todos.

Bolívar tiene conciencia de su gran destino: hierven en su pecho mil aspiraciones a cual más justa y noble, y sus anhelos misteriosos trascienden a lo exterior de su persona, bañándola toda, cual si en ella se difundiera el espíritu divino. Lo que en los otros esperanza, en él había pasado a certidumbre, aun en los tiempos más adversos; y seguro de que combatía por el bien de una buena parte del género humano, no dudaba del fin y desenlace de ese

romance heroico. Libertad era su dios vivo; después del Todopoderoso, a ella rendía culto su grande alma. Caído muchas veces, alzábase de nuevo y tronaba en las nubes como un dios resucitado. Gran virtud es el tesón en las empresas donde el vaivén de triunfos y reveses promete dejar arriba el lado de la constancia, sin la cual no hay heroísmo. El secreto de erguirse en la propia ruina, romper por medio de la desgracia y mostrarse aterrador al enemigo, no lo poseen sino los hombres realmente superiores, esas almas prodigiosas que en la nada misma hallan elementos para sus obras. Hoy prófugo, proscrito, solo y sin amparo en extranjero suelo; mañana al frente de sus soldados, blandiéndole en el rostro al enemigo la espada de la libertad, esa hoja sagrada que empuñó Pelayo y que, depositada en las regiones secretas e invisibles de la Providencia, ha ido sirviendo a los bienhechores de los pueblos, a Guillermo Tell, a Wáshington, a Bolívar. ¿Cuál era la maga protectora de este fabuloso caballero? No eran Melisa, Hipermea, la sabia Lïnigobria; era Urganda la desconocida, pero no la

mágica de Belianis, sino otra más afectuosa en la protección y más eficaz en los encantos, esa mágica que vela por los hombres predestinados para los grandes fines de Dios, que es su providencia misma, llámese Urganda o ángel de la guarda.

Tan ciega era la fe de Bolívar en el poder oculto de su protectora, que donde se hubiera visto perdido para siempre cualquier otro, él desenvolvía a lo victorioso sus planes de conquistador, y se paseaba en el imperio de los Incas libertando medio mundo. Sucedió que una ocasión, sorprendido con cuatro oficiales por un destacamento de españoles, acudiese a salvar la vida enzarzándose en un jaral, donde hubo de permanecer una buena pieza, a riesgo de muerte si daba un paso. Perdida la batalla, dispersa la gente, el enemigo corriendo la tierra, ellos sin salida: pues en cuanto duraba el peligro, se puso a discurrir en cosas que, tanto parecían más extravagantes y efectos de locura a su cuitado auditorio, cuanto eran más grandes e inverosímiles. Acaba con los españoles en Venezuela; liberta la Nueva Granada, y lleva la independencia al país

del Ecuador: constituída una gran nación con estas tres colonias, no hace sino un paso al Perú, y funda otras repúblicas, cabalmente en tierras poseídas por grandes y poderosos enemigos. ¿A dónde iría después? No hubo, sin duda, un Cineas que se lo preguntase, escuchándole sus oficiales en la angustia de sus corazones pues para ellos era cierto que a su general se le trabucaba el juicio; tan imposibles parecían esas cosas. Y llegaron a ser tan positivas, que el mundo las vió con asombro, y los sudamericanos las gozan sin cuidado, aunque agradeciendo poco. Su maga protectora, que no era sino el ángel de la guarda del Nuevo Mundo, le sacó a paz y a salvo, y le llevó a una montaña, de donde le hizo ver en el porvenir la suerte de nuestros pueblos.

Andando el tiempo, hallábase enfermo en Pativilca, presa de la calentura, desencajado mustio: uno de sus admiradores nos le describe sentado ahí, juntas y puntiagudas las rodillas, pálido el rostro, hombre más para la sepultura que para la batalla. Los españoles, formidables, dueños de todo el alto Perú y de la

mayor parte del bajo: quince mil hombres de los que habían vencido a las huestes napoleónicas y echado de España el águila poderosa. Lacerna, Canterac y otros valientes generales, bien armados, ricos y atrevidos con mil triunfos: la República, perdida. "¿Qué piensa hacer vuestra excelencia? pregunta don Joaquín Mosquera." Vencer— responde el héroe. Toques sublimes de elevación y longanimidad que acreditan lo noble de su sangre y lo alto de su pecho. ¿En qué la cede a los grandes hombres de lo antiguo? En que es menor con veinte siglos, y sólo el tiempo, viejo prodigioso, destila en su laboratorio mágico el óleo con que unge a los príncipes de la naturaleza. ¿Qué será Bolívar cuando sus hazañas, pasando de gente en gente, autorizadas con el prestigio de los siglos, lleguen a los que han de vivir de aquí a mil años? Podrá Europa injusta y egoísta apocarnos cuanto quiera ahora que estamos dando nuestros primeros pasos en el mundo; pero si de ella es el pasado, el porvenir es de América, y las ruinas no tienen sonrisas, de desdén para la gloria. ¡Luis XIV, Napoleón, grandes hombres!

Grandes son los que civilizan, los que libertan pueblos: grande es Pedro I de Rusia, grande Bolívar, civilizador él uno, libertador el otro. Luis XIV es el Genio del despotismo; Napoleón, el de la ambición y la conquista. El Genio de la libertad en ninguna manera ha de ser inferior; antes siendo hijo de la luz, su progenitura es divina, cuando los otros crecen, y se desenvuelven y son grandes en las sombras. Sus enemigos echaron en campaña la voz de su coronación por mano de las potencias europeas, cuando nada estuvo más lejos de su pensamiento. Verdad es que hubo Antonios que le tentasen a ese respecto; pero más leal que César o menos ambicioso, él siempre rechazó de buena fe tan indebidas ofertas. Su bandera había sido la de la democracia, y no podía sin incurrir en mal caso relegar al olvido el símbolo de sus victorias. A ser él para dar oído a las almibaradas cláusulas de la adulación, tiempo había que hubiera muerto rey, pues de seguro le matan si acomete a coronarse. El cuchillo de la envidia envuelto en tinieblas, erró el golpe; el puñal de la salud en el



brazo de la libertad le hubiera acertado en medio pecho. Trabajo les mandaba yo a sus detractores de que fundasen sus malos juicios en alegaciones aceptables. El puñal tendrá fuerza de convencimiento cuando habla en mano de Bruto; en la de cualquier otro, jura falso. Los que evocan la sombra de este romano, aseguren el golpe, si quieren ser libertadores; en fallando la empresa, quedarán por asesinos: el buen éxito es necesario para la bondad de la causa. ¿Qué digo? Si Bolívar muere a poder de los Cascas y los Casios colombianos, las maldiciones de América hubieran estado cayendo perpetuamente sobre ellos, como las gotas negras que miden la eternidad y marcan la frente de los réprobos: el mal suceso de su temerario intento los ha salvado; pues, según se me trasluce, perdonados están en razón de la buena fe con que talvez algunos de ellos abrazaron esa horrible causa, ya por exceso de credulidad, ya por sobra de ardor en la sangre. Voy a más y digo, que puesto caso que las intenciones ambiciosas del Libertador fueran manifiestas, no era el puñal el instrumento de la

salvación de la república: el parricidio vuelve negro todo cuanto le rodea, infesta un gran espacio a la redonda, y sus sombras envenenadas son capaces de corromper la Luz del día. Los chinos arrasan, no solamente la casa, sino también el pueblo donde ha nacido un parricida: parientes extraños, viejos, mozos, mujeres, niños, todo lo matan, hasta los animales, y esterilizan con sal la tierra que produjo bestia semejante. En ser de hombres libres y republicanos todos somos hijos de Bolívar, libertador y fundador de la república: no podemos matarle sin merecer el castigo de los parricidas.



La vida de un *tiranuelo ruín* sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficos que toman a pechos el destruirla parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilámines, ruina de los dig-

nos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra. No he sabido que hasta ahora hubiesen caído sino las bendiciones del mundo sobre los matadores de Calígula, Caracalla, Eliogábalo, y serían malditos quienes los maldijesen. ¿Con que es tan digna de respeto la existencia de los que viven privando de ella a los que la gozan otorgada por el Creador, y la llevan adelante girando honestamente en la órbita de sus leyes y de las humanas? No se le debe matar porque es hombre, y su vida la tiene del Altísimo: ¿son otra cosa los que él mata, y viven por obra de un ser diferente? El verse revestido de un poder humano y usurpado trastrueca el orden de las cosas naturales y modifica en favor de los perversos las leyes eternas que obran sobre todos! El que hace degollar por mano de verdugo, o manda a un grupo de soldados fusilar uno o muchos inocentes, sin procedimiento bueno ni malo, porque esto conviene a su ambición o su venganza, ¿será menos asesino que el que mata de persona a persona? Solamente la cuchilla de la ley en mano de la justicia

puede quitar la vida sin cometer crimen. La tiranía es un hecho, hecho horrible que no confiere derechos de ninguna clase al que la ejerce, porque en el abuso no hay cosa legítima. Los tiranos, los verdaderos tiranos, se ponen fuera de la ley, dejan de ser hombres, puesto que renuncian los fueros de la humanidad, y convertidos en bestias bravas, pueden ser presa de cualquier bienhechor denodado. ¿Quién sería harto impío que tuviese por delincuente al matador de Nerón, si éste hubiera muerto a manos de algún hombre dichoso? Senadores sabios, ciudadanos ilustres, matronas venerandas, niños inocentes, cuántas vidas preservadas con la muerte de uno solo, de un demonio revestido de las formas mortales! Tracea, «varón clarísimo, digno de progenitura celestial», ha llegado al lugar del suplicio: la hoguera que ha de consumir sus miembros va a ser prendida bajo un árbol fresco, verde, lozano, que prodiga su sombra a la tierra y desaloja una vasta porción de aire en poética ufanía. El reo, reo de virtudes de todo linaje, echa de ver el peligro de ese egregio fantasma, y suplica a los esbirros separar de su tronco la

pira que a sus carnes se destina. Extraño a su conflicto, repara en el de un árbol el rato de la muerte. A estos quitaba Nerón la vida. ¡Británico, pobre muchacho! Agripina, poco importa; Locusta, me alegro mucho: ¡pero el filósofo! ¡pero Séneca! ¿Y cuál es el perverso, el insensato que venga a llamar delincuente, y condene a patíbulo al santo matador de Caracalla? Lejos estoy, gracias a Dios, de conceptuar un monstruo al que despoja de la vida a un malvado consumado, un asesino de profesión; y en siendo mío el juzgar a ciertos grandes hombres, grandes en crímenes y vicios, ninguno se me escapara de la horca. ¡Qué castillo ese tan airoso, tan cargado de la fruta que deleita a Lucifer!

El toque está en que juzguemos a juicio de buen varón acerca de las intenciones y las acciones de los hombres, y sepamos cuál sentencia sería confirmada por el Juez Supremo, y cuál otra revocada; pues sucede que el malvado para unos es santo para otros, y mientras éstos vocean llamándole tirano, esos se desgañitan por acreditarle de hombre justo y bienhechor. Justo, bueno

y católico, norabuena; si a pesar de esto es enemigo de Dios y de los hombres, yo le destino a la cuerda, y allá se averigüe. Los antiguos sabían poner las cosas más en su punto que nosotros, y eran acaso más acreedores a la libertad, cuando la defendían o la reconquistaban a todo trance. Nosotros andamos confundiendo algún tanto los principios de justicia, y no tenemos gran cuenta con los de la moral: atentamos contra la vida de los buenos, los grandes, y dejamos vivir a los perversos, los ruines perjudiciales. Para un Bolívar más de un puñal; para un García Moreno no hay sino bendiciones, las de Cafarnaum. Bendita sea la servidumbre, bendita sea la ignorancia, bendita sea la mentira, bendita sea la hipocresía, bendita sea la calumnia, bendita sea la persecución, bendita sea la infamia, bendito sea el fanatismo, bendito sea el perjurio, bendito sea el sacrilegio, bendito sea el robo, bendito sea el azote, bendita sea la lujuria, bendito sea el patíbulo; ¡benditos sean, benditos sean, benditos sean! Maldito sea el corazón que concibe la muerte de Bolívar, obra de Satanás, preñez infanda; maldito el pen-

samiento que la madura en sus entrañas pestilentes; maldita la noche en que se comete ese pecado; maldito el instrumento de que se sirven sus autores; maldito el valor que los anima; maldita la fuerza en que confían; ¡malditos sean, malditos sean, malditos sean!

Yo no maldigo lo pasado, maldigo lo futuro; pues si Dios misericordioso perdonó a los delincuentes ¿qué serían de mis maldiciones? Maldigo lo futuro, para que los hombres que merecen bien del género humano, los civilizadores, los libertadores, los héroes perínclitos, los filósofos, los maestros de la ley moral se hallen expuestos lo menos posible a las locuras de estos Brutos ciegos, Brutos insensatos que matan a Enrique IV y dejan vivir a Carlos IX, maldicen a Bolívar y bendicen a García Moreno. Puñal para Sucre, el más modesto de los grandes hombres, el más generoso de los vencedores, el más desprendido de los ciudadanos: Sucre, varón rarísimo que supo unir en celestial consorcio las hazañas con las virtudes, el estudio con la guerra, el cariño de sus semejantes con la gloria. Puñal para Sucre, el guerrero que

comparece en la montaña, cual si bajase del cielo, y cae y revienta en mil rayos sobre los enemigos de América; Sucre, el vencedor del Pichincha, el héroe de Ayacucho, el brazo de Bolívar: puñal para Sucre, esto es, puñal para el honor, puñal para el valor, puñal para la magnanimidad, puñal para la virtud, puñal para la gloria. ¡Americanos! ese golpe de sangre que os inunda el rostro en hondas purpurinas es vuestro salvador: la vergüenza borra la infamia, y los que gimen en silencio bajo esta enfermedad bienhechora, están salvados. Sucre no murió a nombre de un principio, de una idea, ni por mano de un partido: su muerte no pesa sino sobre su matador, y su memoria no infama sino a su tenebroso verdugo. «Los gobiernos se han fundado y consolidado en todo tiempo por medio de la cicuta y del puñal»,—dijo uno de los asesinos, echándole al rostro al género humano esta necia calumnia. El crimen no puede servir de fundamento a cosa buena en el mundo: la cicuta mata la filosofía, destruye las virtudes, no



funda los gobiernos. Fedón, Critón, Cerefón rodean al maestro agonizante: la Divinidad, casi visible a los ojos de los discípulos, está derramada en el rostro de ese hombre, el más bello de los hombres, a despecho de sus imperfecciones. Ese corazón siente y palpita aún, esa cabeza piensa y raciocina, esos labios se agitan en habla dulce y armoniosa. Dios, inmortalidad del alma, suerte de la especie humana, vida, tumba, son objeto de su conversación postrera. El frío le ha ganado los pies: tiemblan los discípulos, el maestro está impasible. El frío le sube a las rodillas: los discípulos se estremecen, el maestro está sereno. El frío le invade la parte superior del cuerpo: los discípulos se exasperan en ansiedad mortal, el maestro permanece grave e indiferente. El frío se apodera del corazón, expira el maestro; los discípulos sueltan el llanto, llanto sublime que no dejan de oír los hombres después de treinta siglos: murió el filósofo. ¿Esto es fundar gobiernos, obscuro malvado? ¿Los treinta tiranos fundaron el gobierno de Atenas

con dar a beber a Sócrates el vaso de cicuta? Los lacedemonios están furiosos,—escribía de Esparta Xenofonte;—prorrumpen en dicterios contra nosotros, y dicen que es preciso haber perdido el juicio para dar muerte al que la pitonisa ha declarado el más cuerdo y virtuoso de los hombres.

Tales son las obras, tales los efectos de la cicuta, si me escuchas, oh tú, el más perverso de los nacidos. Pitágoras, Platón, ¿cuál de los filósofos sentó ese principio? Licurgo, Solón, ¿cuál de los legisladores dió esa ley? Plutarco, Tácito, ¿cuál de los historiadores la ha trasmitido a la posteridad? «En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal». ¿En tiempo de Moisés que gobernó y guió al pueblo de Israel? ¿en tiempo de David que cantó al Todopoderoso y reinó por la virtud? ¿en tiempo de Pericles, el más sabio gobernante de los griegos? ¿en tiempo de Augusto, de Tito, de Marco Aurelio? No, en esos tiempos no fueron el puñal y la cicuta los reguladores de los destinos sociales:

en tiempo de Alejandro VI, en tiempo de César Borgia, en tiempo de Carlos IX reinaron el puñal y la cicuta. En tiempo de Enrique IV, ah, sí, en tiempo de Enrique IV, éste es el secreto: se irguió el puñal, y fundó el regicidio, el parricidio. Santo puñal, puñal bendecido en el tribunal de la penitencia, tú fundaste el mejor de los gobiernos, asesinando al mejor de los monarcas. ¡Oh! tú que fundas tus gobiernos por medio del puñal y el veneno!, ¿sabes a quién obedecía Ravaillac? *Aut Cæsar, aut nihil*, era la divisa del célebre hijo de un gran pontífice romano. Estos cargan veneno en el anillo, tienen enherboladas las aldabas de las puertas, las llaves de los cofres: el vino, las viandas no bastan para el halago de sus huéspedes y compadres: les estrechan la mano afectuosamente, les ingieren la muerte en el cuerpo como por milagro, y les echan la bendición para la otra vida. Pero a lo menos éstos no pretendían fundar gobiernos legítimos, sino conquistar el mundo después de haber dejado en la calle a sus semejantes. *Aut Cæsar, aut nihil*,

y este mote se espacía en un escudo ancho como el de Lucifer, cuyo emblema es un puñal y un vaso de ponzoña. Mas fundar gobiernos republicanos y virtuosos, consolidar las leyes santas de la igualdad y el amor en el seno de la democracia por medio de esos agentes, no cabe sino en el confuso entendimiento de esos tiranuelos cuya cabeza es el edificio donde trabaja la ineptitud moviendo la máquina de la tiranía. De Augusto se ha dicho que la especie humana hubiera sido muy feliz si nunca ese hombre naciera o no hubiera muerto jamás. Fundó un imperio, un gran imperio donde reinaron paz, justicia e ingenio, y lo consolidó por medio de la crueldad; pero no fué él quien había asesinado a su gran tío. En razón de los fines podemos perdonar los medios; más si a lo inicuo de los primeros añaden los malvados lo infame de los segundos, ¿dónde la filosofía? ¿dónde el provecho de tan bárbaro sistema? El que funda su poder con el veneno y el puñal, de ellos necesitará toda la vida para mantenerse en el trono del crimen:



si él vive zozobrando entre el manejar esos resortes y el huír de ellos ¿a quién se queja? y si la fortuna le abandona ¿a quién vuelve los ojos? Los perversos son los más desgraciados de los hombres, aún en medio de la prosperidad, según que siente un sabio; los perversos en desgracia, más desgraciados todavía.

Puñal para Bolívar, puñal para Sucre; ¿y por qué no? ¿no lo hubo para Enrique IV, el mayor y más virtuoso de los reyes? Tiberio muere en su cama, y ésta no es observación moderna.

Errores, puede ser; bastardías, ni una sola en la historia de Bolívar. Sagrada su palabra, sus promesas realidades, a pesar del mal ejemplo de los enemigos, los cuales raras veces tenían cuenta con memoria de lo prometido, siendo entre ellos axioma de guerra que no obligaba el juramento para con los insurgentes. Ruiz de Castilla en Quito, Monteverde en Caracas, Sámano en Bogotá rompieron la fe y anegaron en sangre la estatua sacrosanta de esta divinidad. Bolívar era un rey; Dios, patria y

pundonor, la trinidad augusta de su religión, dando por sentado que falta uno al pundonor cuando falta a la palabra. Liberal y magnífico por naturaleza, no cuidaba sino del acicalamiento del alma; en lo tocante al arreo de su persona, no era ello de sus ocupaciones predilectas; antes dicen que tenía el ánimo tan embebido en las cosas grandes, que poco reparaba en las suyas propias, si sus edecanes no andaban a la mira. Así ocurrió que una mañana hallase un uniforme nuevo en lugar del que había dejado por la noche; y no le pareció también que no echase menos el deterioro causado en el antiguo por las fechorías del tiempo y las travesuras de las armas. Bonaparte miraba con rara predilección su sombrerito Eylau, prenda que se conserva en su mausoleo entre las más respetables. Y en verdad que el viajero contempla absorto esa figurilla que ha abrigado el molde más perfecto de la inteligencia, cráneo en el cual naturaleza echó el resto de su sabiduría. Bolívar era hombre esencial; su ánimo raras veces hacía di-

versiones hacia las cosas de poco valor, si no fueron las del amor, ante cuyo diosezuelo hincaba de buen grado la rodilla, aunque sin rendir la espada. ¿César no fue el más gran enamorado de Roma? El amor es la grosura del corazón, légamo suavísimo que abriga el principio de los grandes hechos, sin que de ninguna manera estrague las virtudes heróicas, cuando se deja pulsar por la moderación. Barsene dió al través con la continencia de Alejandro: quien no amase sino a Belona, sería monstruo capaz de todos los crímenes. Fuera de las dulces flaquezas de esa pasión divina, el pensamiento de Bolívar se estaba moviendo siempre a lo grande; y como sus fines eran justos por fuerza habían de ser plausibles sus acciones. Su encargo era la libertad de un mundo; tenía que ser gran capitán: su propósito fundar nuevas naciones; le convenía ser organizador, legislador. Capitán, ya lo hemos visto: Luciano le hallará en los campos Eliseos disputando el paso a Aníbal y Escipión. Guerrero, no le cede una mínima a Gonzalo Fernández de

Córdova: lo prueba el haberse puesto con una gran nación, el haber vencido a los soldados de Bailén, antiguos de Pavía. En el hacer de las leyes, procuraba dictar, no las mejores, sino las que más convenían a los pueblos, memorioso del precepto de Solón, el cual había usado esta manera con los atenienses.

Hombre constante, hombre avisado: en cada una de sus obras parecía echar el resto de su genio; tan fecundo era en los arbitrios y tan ejecutivo en las resoluciones. Empeñado más y mejor en su grandioso intento a cada golpe de la suerte, era cosa de ver con el ardor que volvía a la demanda cada vez más pavoroso. ¡Con que yo combato a la hidra de Lerna, cuyas cabezas se multiplicaban al paso que se las va cortando! exclamaba un gran conquistador al ver cómo el general enemigo volvía más formidable después de cada una de sus derrotas. Arruinado varias ocasiones, fugitivo, proscrito, y siempre el mismo contrario al frente de los españoles: ¿qué mágico terrible era ese? Sus enemigos nunca dieron con el



secreto de vencerle de remate: si le toman en los brazos y le ahogan en el aire, allí fue la independencia, allí fué la república. Muerto él, España tan dueña de nosotros como en los peores tiempos de nuestra servidumbre, y América a esperar hasta cuando en el seno de la nada se formase lentamente otro hombre de las propias virtudes; cosa difícil, aún para la naturaleza, como la Providencia no la asistiera con sus indicaciones. Pero se contentaban con echarle en tierra, y esta buena madre le llenaba de vida, infiltrándole a su contacto sus más poderosos jugos. Anteo reanimado, cada uno de sus recobros era ganar en fuerza; Dios le envestía de un punto de la suya, y esto era hacerle gigante contra los míseros que peleaban fuera de su protección. Sin descorazonarse a los esquinces de la fortuna, no desaprovechaba ocasión de darle un nuevo tiento. Fortuna, diosa de los pícaros, honra de los infames, bondad de los malvados; fortuna, más inicua que ciega, más torpe que injusta, si eres una deidad, lo serás de los infiernos. Poderosa

eres; pero hay uno que puede más que tú, y es el que está sobre el cielo y el infierno: cuando éste se arrima a la otra parte, la tuya sucumbe: razón, verdad, justicia están de triunfo.

Que los de Bolívar no eran debidos a la fortuna, lo acreditan sus numerosas desgracias; debidos fueron a la felicidad: valor, ingenio, osadía, constancia, fe, fe ciega en su destino, constituyen la felicidad de los varones que resaltan sobre sus semejantes y han sido enviados para grandes cosas. Sin miedo de propasarnos en el encarecimiento, podemos contar a don Simón entre los hombres con los cuales naturaleza demuestra su poder, y Dios el amor con que glorifica al género humano. Oiga la edad futura los juicios que sobre la tumba del héroe formulan los presentes; y cuando demos que los venideros no tengan nada que añadir en su alabanza, ya será el Genio cuya gloria parece haber madurado veinte siglos. No dieron estampida en Europa sus acciones, porque Júpiter hecho hombre la tenía sorda con un trueno conti-

nuo: las armas del conquistador crujían más que las del libertador, y esto ha redundado en desgracia del que más títulos alcanza a la admiración del mundo, si el heroísmo puesto al servicio de la libertad vale más que el heroísmo obrando por la esclavitud del universo. Los españoles dan ciento en la herradura y una en el clavo con ese flujo para achicar a Bolívar y sus compañeros de armas; si supieran su negocio, le delinearan sus escritores como ser casi fabuloso, héroe del linaje de Rama y de Crisna, Rustán que presta asunto a la epopeya. Mostrar en Bolívar, Sucre, Paez, aventureros sin consecuencia, hombres mezquinos que no obraban sino al impulso de ambiciones personales, cobardes, además y en un todo inferiores a los europeos, es apocarse ellos mismos, desdecir de las virtudes antiguas de la gran nación hispana.

Pues no es el vencedor más estimado
De aquello en que el vencido es reputado

¿Don Alonso de Ercilla no pensaba que las huestes castellanas abundarían tanto más en gloria cuanto menos dignos de su valentía fuesen los enemigos con quienes se estaban combatiendo? Caupolicán y Bayocolo podían muy bien dar al través con las falanges españolas; y domarlos y conquistarlos era crecer en gloria ante el rey su señor y ante las naciones de la tierra. Nosotros no *extremaríamos la insolencia ni refinaríamos* la negadez tirando a disminuir los méritos de nuestros enemigos; antes por el contrario, quisiéramos que hubieran sido más valientes avisados, peritos en la guerra, si cabe en hombres serlo más que esos egregios españoles que dieron tanto en qué entender al dueño de pueblos y reyes. Si ellos hubieran sido campeones ruines, sin fuerza ni expedientes, ¿dónde la gloria de sus vencedores? Porque los indios,—dice Solís,—ni en vigor de ánimo, ni en fuerza de cuerpo y buena proporción de miembros eran inferiores a los demás. Don Antonio sabía muy bien que si los indios fueran para menos Hernán

Cortés no mereciera el loor que alcanza, por cuanto el vencer a un adversario flaco no es maravilla que debe pasar a la posteridad envuelta en el reflejo de la gloria.

¿Qué honra es al león, al fuerte, al poderoso
Matar un pequeño, al pobre, al coitoso?
Es deshonra et mengua, et non vencer fermoso:
El que al mur vence es vencez vergonzoso....
El vencedor ha honra del precio del vencido.
Su loor es a tanto cuanto es lo debatido.

Parece que el Arcipreste de Hita fue más sabio que el conde de Toreno. Si los vencedores tienen tan sumo cuidado de ennoblecer a los vencidos, ¿qué no deberían hacer los vencidos respecto de los vencedores? Que nos abrumen Hércules. Teseo; que nos maten Bernardo del Carpio, el Cid Campeador; que nos pongan en fuga Marfisa, Roldán el encantado, ya podemos llevar en paciencia; mas ¿qué razón sufre andemos encareciendo la pequeñez de los que nos han puesto bajo la zuela de su zapato? Yo me moriría de vergüenza si me hubiera dejado zurrar por el

cojo Tersites; pero anduviera ufano aun de haber llevado lo peor, combatiéndome con el hijo de Peleo. La sucesora de Roma en el poderío y las hazañas; los vencedores de Lepanto; los soldados de Pavía; los conquistadores del Oriente, esos aventureros maravillosos que van entre cuatro amigos, y pasan por sobre emperadores, y echan tronos abajo a puntapieses; los descendientes del Gran Capitán; los compatriotas de Espínola, Roger Lauria, Toledo y Roberto de Rocafort; los héroes de Trafalgar; los señores de Bailén; esos españoles tan denodados como fieros, tan fuertes como entendidos en la guerra, si los ahorcasen no convendrían en que en América los hubiesen vencido hombres sino mujeres, mayores sino niños, guerreros en forma sino bárbaros. Don Alonso de Ercilla y don Antonio Solís, como quienes sabían lo que importaba más a su patria, supieron entenderse mejor con la pluma, y dejaron entreparecer su cordura por esas hábiles insinuaciones. ¿Qué dirían ellos de sus mal aconsejados compatriotas si les oyesen ha-

blar de los soldados de la emancipación americana, con desdén tan infundado como necio? Pues si eran tan miserables como decís, gritarían, ¿por qué no los sojuzgasteis y castigasteis a vuestro sabor, bellacos?

Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba un gran enemigo de Roma, al ver del modo que ordenaban la batalla: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, hubiera exclamado Gonzalo de Córdova al ver la disposición de la de Carabobo, cuya victoria fue debida a las del general republicano: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, iba sin duda exclamando Latorre en la heróica retirada del Valencey: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba el tan valiente cuanto infortunado Barreiro en Boyacá: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba Canterac en el campo de Junín: esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera, exclamaba Laserna en Ayacucho. ¿Cómo lo habían de ser, cuando después de envolverlos, aturdirlos, ofuscarlos

con el numen de la guerra, los estrechan, los acometen, los despedazan con el acero? ¿Cómo lo habían de ser, cuando después de tenerlos baja la cerviz, rendido el brazo, les conceden los honores militares y les envían salvos a su patria? ¿Cómo lo habían de ser, cuando proclamada la paz constituyen naciones, y las ponen debajo de leyes tan razonables como las que más? ¡Bárbaros, cobardes y mezquinos los que hacían esas cosas! Mirad, incautos españoles, no os reduzcamos a la memoria la famosa expresión con que se regocijaba Morillo en sus francachelas y bataolas de Caracas: «Si los vencedores son éstos, ¿cuáles serán los vencidos? Los vencidos fueron unos que a la vuelta de poco le pusieron de patitas en la calle, desbaratado, pulverizado, anonadado su ejército compuesto de vencedores de franceses.

Un escritor mal avisado lleva la ojeriza hasta el punto de decir que Bolívar huyó cobardemente en la batalla de Junín. ¿Cómo, Aquiles huye de los troyanos? La victoria se le iba, y voló a cerrarle el paso. Y

aun cuando su retirada personal no hubiera tenido un fin relativo al combate todo el que sepa quien fue Bolívar tendrá por bien averiguado que, juzgándose necesario para la independencia preservaba su vida a todo trance. Perder una batalla, no era mucho; se podían ganar diez en seguida: muerto Bolívar, muerta la Patria. Huír el capitán, dejando al ejército enfurecido en la pelea; cosa imposible al entendimiento y a la pluma. El león va y viene, se mueve en torno, bravea y se multiplica contra los que le acosan, y sucumbe o queda vencedor, pero no huye. Podía Bolívar colocarse al frente de sus legiones atemorizadas, y echar a andar delante de ellas, porque se entendiera que seguían a su general y no iban fugitivas, como ya hizo en tiempos antiguos Cátulo Luctacio; ponerse en cobro él solo, dejándolas mano a mano con la muerte, calumnia absurda a todas luces. Primero que echa esa pamplina, consúltese con Boves el que tuvo a Bolívar por cobarde, y ese león le hubiera dicho si a la cobardía de su contrario de-

bió su desengaño en San Mateo. Boves, el más audaz, valiente e impetuoso de cuantos españoles pelearon esa guerra, sabe si Bolívar fué más que él por la serenidad, la intrepidez, la firmeza, la constancia con las cuales arrostró con esa horrenda hueste debajo del imperio de jefe semejante! El guerrero descuella sobre la tempestad, la cabeza erguida, el brazo alzado: llueve la metralla, el ruido asorda, el humo ciega, y en medio de esa espantosa cerrazón, la frente de Bolívar resplandece, su voz se sobrepone a la de los cañones enronquecidos, en su pecho se estrellan y se doblan las lanzas de los llaneros de Boves, este héroe de la antigua Caledonia, cruel como Starno, feroz como Swarán. A una acción romana debió Bolívar su salvación en San Mateo; pero es asimismo cierto que a la constancia de Bolívar debió Ricaurte su sacrificio. ¡Cuántas arremetidas resistió y cuántos asaltos rechazó y cuántas esperanzas burló primero que el nuevo Cocles salvase a la patria! Confundido, despechado, desesperado, levan-



ta el campo Boves, y deja el triunfo a los cobardes. Españoles valientes, heroicos españoles, ¿así deshonráis vuestra derrota?

Nuestra dicha es haber conquistado la libertad. pero nuestra gloria es haber vencido a los españoles invencibles. No, éllos no son cobardes; no, ellos no son malos soldados; no, ellos no son gabillas desordenadas de gentes vagabundas: son el pueblo de Carlos V., rey de España, emperador de Alemania, dueño de Italia y señor del Nuevo Mundo. ¿Cuántas jornadas de aquí a París?—preguntaba este monarca a un prisionero francés. Doce talvez, pero todas de batalla,—respondió el soldado. El emperador no fué a París. La grandeza del vencido vuelve más grande al vencedor. No, ellos no son cobardes; son los guerreros de Cangas, de Onís, Alarcos y las Navas; son el pueblo aventurero y denodado que invade un mundo desconocido y lo conquista; son la familia de Cortés, Pizarro, Valdivia, Benalcazar, Jiménez de Quezada y más titanes que ganaron el Olimpo esca-

lando el Popocatepelt, el Toromboro y el Cayambe. Pueblo ilustre, pueblo grande, que en la decadencia misma se siente superior con la memoria de sus hechos pasados, y hace por levantarse de su sepulcro sin dejar en él su manto real. Sepulcro no, porque no yace difunto; lecho digamos, lecho de dolor al cual está clavado en su enfermedad irremediable. Irremediable no, tampoco digamos esto: si España se levanta, se levantará erguida y majestuosa, como se levantara Sesostris, como se levantara Luis XIV, o mas bien como se levantara Roma, si se levantara. Cuerpo enfermo, pero sagrado; espíritu obscurecido, pero santo. ¡España! ¡España! lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de tí lo tenemos, a tí te lo debemos. El pensar a lo grande, el sentir a lo animoso, el obrar a lo justo en nosotros, son de España; y si hay en la sangre de nuestras venas algunas gotas purpurinas, son de España. Yo que adoro a Jesucristo; yo que hablo la lengua de Castilla;

yo que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumdres ¿cómo la aborrecería? Hay todavía en la América española una escuela, un partido o lo que sea, que profesa aborrecer a España y murmurar de sus cosas. ¿Son justos, son ingratos los que cultivan ese antiguo aborrecimiento? El olvidar es de pechos generosos: olvidemos los agravios, acordémonos del deudo y la deuda. ¿Y acaso todo fué bárbaro y cruel por parte de los españoles? Monteverde, Cerveris, Antoñanzas, es verdad; ¿pero no honraron su patria y la guerra hombres buenos, huma os como Cajigal? ¿No había visto poco antes el nuevo mundo un virrey Francisco Montalvo? y esto sin hacer memoria de Las Casas, el filántropo, el apóstol, ese que con el crucifijo en la mano andaba interponiéndose entre los conquistadores y los conquistados, suavizando la crueldad, conteniendo la rapacidad de los unos, esforzando la debilidad, aclarando la obscuridad de los otros. Cuba, ah, Cuba ensangrentada y llorosa se alza en el mar, y puesto el dedo en los

labios me hace seña de callar las alabanzas de la madre patria. Pobre musa desesperada, blanco el vestido, suelto el cabello, da el salto de Leucadia para olvidar su pesadumbre o sepultarse con ella en el abismo.

Como no sea la de Olmedo, cualquier voz será desentonada para cantar los hechos de la guerra de la libertad, y trémula cualquier mano para rasguearlos según pide su grandeza. En las pinceladas sublimes de aquel bardo descuellan con toda su pujanza las virtudes del mayor de los héroes del Nuevo Mundo, y al cadencioso rompimiento de esos versos figúrase uno ver a Fingal cómo desciende todo armado de las montañas de Morven. Ullín, bardo de Cona, gastó menos poesía en alabar a sus guerreros, y ni el Pindo resonó con más arrebatada armonía a los acentos de Tirteo.

¿Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del riscoso Bárbula? El general dió la orden de victoria, vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valien-

tes se extienden por el suelo heridos en el pecho. El general abraza con la vista el campo de batalla, y se dispara a donde la pelea anda más furiosa: suena su voz en dondequiera: su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan a los enemigos. Bolívar aquí; Bolívar allí: es el Genio de la guerra que persigue a la victoria. Flaquea un ala, él la sostiene; otra es rompida, él le vuelve su entereza: anima, enciende los espíritus, y no hay salvarse el enemigo, si no agacha las armas y se pone a merced del vencedor. Los que resisten son pasados a cuchillo; los que huyen no volverán al combate: la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes a Casandra en presencia de la estatua del macedón invicto.

Triunfo caro, triunfo horrible: las lágrimas de los jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fue triste esa jornada. Joven hermoso, ¿qué haces ahí tirado sobre el polvo? ¿contemplas la bóveda celeste. tu alma se ha enredado en los rayos del

sol y no puedes libertarla de esa prisión divina? Alzate, mira: tus armas han vencido, mas sin tu brazo, la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, ve hacia tu general y recibe la corona que han merecido tus proesas. ¿Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, ¿no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra me dicen que no existes, y que tu espíritu voló a incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes dan harto en qué se aflija el corazón y por qué lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultu-

ra, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste? recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su terneza; tu amada; tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada, tu prometida perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios: ¿Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el general: Urdaneta, D' Eluyar empapan la victoria con lágrimas de sus ojos: Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del Ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas.

Después de esta victoria, Bolívar decretó los honores del héroe y el ciudadano eminente a Jirardot: el ejército, los venezolanos todos debían cargar luto por un mes: su nombre se inscribiría entre los de los próceres como del de un bienhechor de la patria: su familia gozaría una pensión igual a su sueldo, y otras prerrogativas de las con que se suele honrar

la memoria de los hombres altamente distinguidos. Atanasio Jirardot, joven granadino, descolló como los valientes de primera clase, salió de esa cama de leones que tantos hombres prodigiosos dió a la independencia. Bolívar, que no conocía la envidia ni era ingrato, honró esa muerte, y el nombre de Jirardot es uno de los más ilustres de nuestra santa guerra. No nos admiren los extremos de dolor del capitán: hombre era ese que en siendo su destino otro que la guerra, habría sido poeta: la imaginación encendida, el alma delicada, sensitivo y ardiente, el poema que labró con el acero lo hubiera escrito con la pluma. Embelesa la galanura de sus cláusulas cuando habla a lo fantástico, *embebido en el Dios universo*, allá sobre los hombros del mayor de los montes: Chimborazo no conserva recuerdo más glorioso que el haber visto frente a frente al hijo predilecto del Nuevo Mundo. No es maravilla que corazón tan fino gimiese en trance tan funesto aun en medio de los afanes de la guerra: si ésta lo consintiese, se habría retirado, como



Cuchullín a la colina de Cromla, a llorar la muerte de su amigo. Alejandro hizo locuras a la de Efestión; y conmueve con una suerte de grandeza el ver a Napoleón inclinado hacia Lannes expirante, diciendo en voz ahogada en lágrimas: «Lannes, querido Lannes, ¿no me conoces? soy Bonaparte, soy tu amigo».

Los soldados andan taciturnos por el campamento, el cañón está apagado y triste: la lanza no amaga tendida en el brazo del llanero, y el corcel pace tranquilo en la dehesa. ¿Qué ha sucedido? El jefe se halla en su tienda de campaña, la calentura le detiene delirante: sus heridas, anchas y profundas, hablan de muerte, y amenazan a la guerra con viudez inconsolable. España va a perder uno de sus hijos más feroces, pero más esforzados; la causa de la servidumbre se verá privada de su primer ministro. ¡Boves se muere, murió Boves! Boves no ha muerto: sobre un bridón que resopla y manotea pasa revista a sus llaneros, sus amigos fieles, cuyo cariño es para nosotros la ruina de la patria. Negra la

cabellera, pálido el rostro, se gallardea en un pisador soberbio, ostentando la salud recobrada y el brío de su temperamento. Los soldados han visto convertirse en júbilo su tristeza, en bélico ardor el desmayo de sus corazones. Boves está allí, al frente de ellos, Boves su jefe, Boves el cruel, Boves el terrible con el enemigo; el afable, el bueno, el generoso con el amigo. Por Boves, no por el rey, se combaten con sus compatriotas, por él se matan con sus hermanos: el amor de la guerra une esas almas fieras, y este consorcio apasionado es funesto para los republicanos. Boves el león había infundido cariño terrible en el pecho de los llaneros, otros leones, los del Apure, más reales que los de Asia, los de esos bosques temerosos donde el sol y la tierra se unen para crear los seres más pujantes.

El jefe va y viene, su aspecto anima a los soldados, su voz los enardece; todos piden el combate. ¡A caballo! ¡a caballo! Tiembla el suelo a ese galope tempestuoso, los aceros van

despidiendo sanguinolentas llamas, suena airada la vaina en el estribo, y una torre de polvo se levanta detrás de aquel turbión humano. ¿Quién resiste el empuje de esas fieras juramentadas ante el príncipe de las tinieblas para salir con la victoria o bajar todos al infierno? ¿Qué cuello es tan listo que rehuya la comba homicida de ese sable? ¿qué pecho tan duro que rechace los botes de esa lanza? El escudo de Ayax, aforrado con siete cueros de toro, no sería resguardo harto seguro contra esa lengua horripilante que se viene vibrando como culebra enfurecida. Ya embisten, ya sueltan el brazo, ya causan la herida larga como una cuarta. ¿Qué los detiene? ¿por qué retroceden aterrados los jinetes? El enemigo habló por mil bocas de fuego, la metralla hace estragos en los contrarios escuadrones: las columnas de San Mateo permanecen inmóbles: las fuerzas todas de la potente Iberia no las quebrantarían, si contra ellos se viniesen en hórrido coraje. Y el jefe realista está allí, activo, ardiente, furioso. ¡Llaneros, a la carga! Y

los llaneros vuelven, porque no iban de fuga, y acometen con más ímpetu, y se estrellan contra los infantes que les oponen la erguida bayoneta. Mil caballos huyen sueltos, otros arrancan espantados, su dueño colgando en la estribera, y bufan y acocean al agonizante. El número de los llaneros disminuye, pero su valor aumenta: la sangre de sus camaradas les aviva la sed que tienen de la del enemigo, los enfurece, les pone fuego a las entrañas: quieren vengar a los caídos, y caen a su vez, y la tierra se encharca, al tiempo que el aire rebosa con el ruido de las armas y el vocear de los guerreros. Ninguno da pie atrás: la pelea está irritada con el punto de honra y la venganza, ese fuego no se apaga sino con la última gota de la enemiga sangre. Boves se dispara del uno al otro extremo de las filas combatientes; Boves manda en voz alta triunfar a todo trance; Boves anima, Boves enloquece, y en su pasar de un lado a otro semeja al héroe fantástico de las batallas infernales. El fuego contra el fuego na-

da presta: !arma blanca, sable, espada! ¡cargar, llaneros! ¡trunfar!, valientes! Boves habla; los llaneros se tiran ciegos, miles caen de una y otra parte, la victoria está indecisa.

¿Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar? En mudo asombro echa la vista a la colina del frente, su alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es; mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta en cuya cima están depositados los elementos de guerra, las santas municiones, prendas de la libertad de un mundo: ellas perdidas, ya no habrá resistir; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado. ¿Qué sin fin de horrorosos pensamientos en ese instante atroz? ¿qué dolor en el pecho del hombre a quien estaban confiadas esas cosas? Allí fué el ver morir a la naciente patria, allí el contemplar la propia ruina inevitable. La escasa guarnición abandona el depósito sacrosanto, desciende la colina a paso de fu-

ga; todo está perdido. ¿Perdido? Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial. Mucio cuando mira *fijamente* al invasor de Roma en tanto que su mano está ardiendo en el brasero; Horacio Cocles cuando manda cortar tras sí el puente del Tíber, para salvar la ciudad hundiéndose él, son los santos del heroísmo, víctimas sagradas del amor a la patria, pasión que arraiga en los más nobles pechos, y de tal suerte que no se le arranca sino con el alma. Horacio Cocles tuvo a lo menos esperanza de salvar la vida, y se salvó en efecto nadando hacia tierra todo armado. En tanto que sus camaradas se afanan por cortar el puente, arrostra él solo con el ejército enemigo, le contiene, le diezma, le abisma: cruje el maderamen, se hunde todo, y el héroe al fondo del río en el instante que partía la cabeza al más audaz contra-

rio. Las armas no le abruman, ninguna ha perdido, y en esguazo heroico sale al lado de los suyos. ¿Qué grande y respetable continente? Ricaurte despidiendo imperioso a sus soldados y quedándose solo en el edificio que va a volar, no tiene ni sombra de esperanza, y no vacila. El peligro de la gran causa por la cual combate le prende una luz angélica en el seno; va a perecer Bolívar, con él la independencia; y la elevación de su alma, que sin duda la tuvo elevada, puesto que fué capaz de resolución semejante, le impele al sacrificio. Llega el enemigo dando voces de triunfo: el parque es suyo, suya la victoria: la guerra está concluída, pues que Bolívar, si no muere peleando, morirá prisionero. Pero allí estaba el ángel de la guarda de cien pueblos revestido de las formas de un joven; el ángel de la guarda armado con la espada de América y una mecha prendida con el fuego del Empíreo. Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio, en seguida silencio pavoroso: la patria está salvada.

¿Adónde volaron tus miembros, mancebo generoso? Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensaría que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud antes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aún cuando traigan consigo una gran desgracia; conmueven, exaltan el espíritu, maravillan, y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado a conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu obscuridad, no eres pequeño ni obs-

curo desde que te sacrificaste por la libertad de la raza que tiene a gloria el haber producido hijo como tú. ¿Por qué Escévola sería más admirable? ¿por qué su fama revierte en el mundo, y tu nombre no lo sabemos sino los que te amamos? La grandeza de Escévola está en la grandeza de Roma: no es mucho que el renombre de sus héroes, creciendo al influjo de los tiempos, sea mayor que los de un pueblo salido apenas de la cuna. La esencia de las cosas es que el antiguo puso la mano en el fuego, por aterrar al enemigo con la firmeza del alma romana; el de nuestra edad se entregó a las llamas todo entero por salvar la patria. Quedan en favor de Escévola los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaurte la trompa del porvenir, que sonará estupenda si el Nuevo Mundo da algún día un Tito Livio.

Sorprendido, asombrado, aterrado, manda Boves tocar a retirada, y el campo queda por los libres. ¡Qué acciones! ¡qué guerra!

La suerte de las armas libertadoras fué varia por mucho tiempo en Venezuela: ora triunfante, ora vencido; ora al frente de sus conmilitones, ora refugiado en medio de los mares, Bolívar no vivía sino para la emancipación de su patria, llamando así la vasta porción de hombres que puebla el país de Sur-América. Eran sus capitanes muy para vencer en el combate; poner la victoria al servicio de la República, él solamente. Así fué que, entre subvertir el orden, no obedecer las de la cabeza principal, y hacerse proclamar primeros y segundos en el mando, muchas veces lo estragaban todo, y tal hubo en que la causa de la libertad se vió del todo perdida. Conquistada Venezuela por la célebre expedición de la Nueva Granada, tan grande obra se vino abajo, y a un pecador de bajo suelo se vió señorear insolentemente la parte más heróica de la futura Colombia. Pero Bolívar no había muerto, y *en él vivía la república*, según dijo un hombre ilustre de ese tiempo, hombre de esos cuya mirada es larga y profun-



da, y ven el triunfo atrás de la derrota, la gloria atrás de la desgracia; suerte de profetas, que a fuerza de penetración y fe leen el porvenir y animan a sus contemporáneos con las sentencias favorables que descubren en su seno obscuro. Boves el león ya no existía; Morales el tigre quedó heredado con su prestigio y su poder. triunfando por casualidad, hombre como era de inteligencia escasa, en valor no muy feliz. Y sobre esto Morillo se venía por esos mares tronando y relampagueando, con propósito firme de asegurar por medio de la sangre doscientos años más de servidumbre. Imposibles muchas veces las cosas que parecen más fáciles y prontas, y burladas las disposiciones de la tiranía. El que sin combatir andaba cual vencedor, soberbeando como un águila, se volvió con menos tono, cuando don Simón le hubo enseñado con la mano la vuelta de su casa. ¿Qué hizo el teniente general de los quince mil valerosos españoles que trajo consigo, y de esos elementos sobrados para conquistar un mundo?

¡Quintilio Varo, vuélveme mis legiones!, pudiera haber exclamado el que le envió, dándose de calabazadas contra las puertas de su alcázar. Victorias no, riquezas para el caudillo; laureles no, títulos inmerecidos fueron el fruto de esa aventura, vergonzosa por lo que tuvo de inhábil, desastrosa para España por la gente y los caudales que en ella se habían invertido. Expedición formidable por el número y la calidad: de oficiales, de soldados, de recursos, lo mejor; y con tener seguro el buen éxito, fué desbaratada y vencida por el genio de Bolívar y el valor de sus compañeros de armas. Cuéntase que don Pablo, reconvenido confidencialmente por Fernando VII, contestó de esta manera: «Deme vuestra majestad cien mil llaneros, y me paseo triunfante por la Europa a nombre del rey de España....

Los llaneros, los enemigos de la república, eran ya republicanos; los contrarios de Bolívar eran ya sus soldados. Boves, el mago que los hechizara, había descendido a las tinieblas, al tiempo que se levantaba

en sus corazones su verdadero dios, ese a quien amaron y obedecieron ciegos, Páez, rey de los Llanos, Genio del Apure. Este combatía por la patria, la patria era la buena causa para los llaneros: verdad que Morillo y los expedicionarios habían tenido por su parte el cuidado de ponerles manifiesta con la ingratitud y el menosprecio. Para arrastrarlos contra sus hermanos habían además los españoles recurrido al sortilegio de la religión, y con el cristo por delante *los obligaban a empuñar la lanza fratricida.* Un terremoto en manos de un predicador popular es arma formidable — dice Gibbón. Sí, por lo que que tiene de divina; pero contra el brazo de la libertad nada pueden los rayos de la iglesia. ¿Y acaso la destrucción de Caracas habrá sido obra de Dios, el cual se recostaba al lado de los opresores? El envía el ángel exterminador al campo de los amonitas, no combate por los tiranos. El terremoto de Caracas fué, como todo, golpe mortal para la república, no solamente a causa de la ruina de ese hogar de fuego sagrado,

sino también por los sentimientos adversos a la patria que los sacerdotes infundieron en el ánimo de los simples e ingenuos moradores de los campos. El cielo había hecho esa grave demostración, lo cual era condenar las armas de los enemigos del rey. ¡Oh hombres! ¿hasta cuàndo confiaréis al Todopoderoso el éxito de vuestros crímenes? El quiere la servidumbre de los pueblos; él se deleita con el retiñido de las cadenas; él goza en la tiranía de los déspotas; él pide sangre; él desea ver hambreados, desnudos a los pobres; él impone la ignorancia; su reino, las tinieblas; él envía terremotos, langostas, pestes, en favor de unos y en contra de otros. Pues si vuestro Dios hace todo esto, vuestro Dios es Molok, y no el puro y manso, el justo y misericordioso que nos envió a su hijo a redimirnos.

Una vez que los americanos dejaron de creer en las andróminas de la mala fe y en las chapucerías del fanatismo, todos abrazaron con ardor nunca sobrado la causa de la patria, y los llaneros sus más fieles y eficaces

servidores. Dios poderoso, y ¡cuáles eran sus acciones en la guerra! Las Queseras del Medio están asentadas en el memorial de las venganzas que nunca han de satisfacer los españoles; esa jornada terrible donde ciento cincuenta hombres de a caballo acometen a un ejército, le acuchillan, le despedazan, le aturden, le trabucan y le ponen en retirada nada menos que vergonzosa. Morillo dió cuenta de este suceso al rey, y no pudo el orgullo tanto con él, que no dejase entrever su admiración, si bien procurando disminuir el mérito de los americanos con ciertas infidelidades a la verdad. Ciento cincuenta hombres le parecían de hecho número harto menguado para haber dado tanto en que merecer a un general de su reputación con tropas tales como las suyas. Y no fué esta la única desgracia del propio género, pues cuando la derrota no fuese declarada, no pocas veces los invictos españoles se alejaron más que de paso de esos buenos criollos, el vibrar de cuya lanza veían hasta en sueños. Bárbaros, rústicos y desatinados: se-

res hiperbóreos sin conocimiento de la guerra ni valor de buena ley, en ocasiones; en otras, gigantes desemejables, jayanes desaforados que se ven la cara en el mar, como Polifemo, y no hacen sino un bocado de cada uno de los hominicacos de Europa. Pues si para con los hijos del Nuevo Mundo eran unos *braguillas*, como pretendían, con el yelmo de Mambrino y el lanzón, domar y dominar a estos Pandafilandos de la fosca vista?

La gente era curtida, y en siendo ir contra los españoles, llanos las cuestas para esos recién nacidos a la libertad y viejos ya en el combatir por ella. Su lanza y su caballo, no más el indómito llanero: pan, Dios le dé; jamás hace mochila: sueño, según que lo consiente el negocio de la guerra: el amor a la patria suple por todo. En cuanto al brío y el poder del brazo, no hay pecho que resista un bote de esa arma pavorosa, si viene armado a prueba de pistola: un jeme asoma por la espalda brillando entre hilos de sangre esa hoja que parece lengua de serpiente

gigantesca, por lo sutil, por lo sedienta. Si los soldados eran tales, ¿cuales debían ser los capitanes? Páez era hombre de llamar a Júpiter a singular combate; y en llevando lo peor, hubiera espantado con sus alaridos de despecho el Orinoco; bien como Ayax hacía templar el Escamandro con sus lamentaciones. Bermudes, atrevido, turbulento, sedicioso; en la batalla, Rodrigo Díaz de Vivar. Mariño, amigo del mando a todo trance, pero valiente y esforzado; su orgullo tan superior, que quería prevalecer sobre Bolívar. Ribas, un león. Valdés, gran general. Piar, sin la insolencia, lo mejor del ejército. Cedeño, el valor casado con la subordinación. Urdaneta, ah, Urdaneta, el más fiel, constante y poderoso amigo de la república y su caudillo. Bolívar, en fin, Simón Bolívar, el protagonista de la Iliada semibárbara que está esperando el ciego que la ponga en páginas olímpicas.

En los mayores acontecimientos obró siempre de pensado el capitán; más si el trance lo pedía improvisaba la victoria. De una parte ciencia

de la guerra, disciplina, gente ensoberbecida con los laureles traídos de Europa; de otra más inspiración de arte, obediencia a duras penas, escasez de municiones; pero amor a la libertad, no gran apego a la vida y brazo fuerte; el corazón, capaz del cielo y del infierno. Gente de sangre en el ojo que tenía en poco la vida, la honra en mucho. El recibir en el pecho las heridas era cosa suya; ninguno murió de espaldas si no fue en la derrota; y es preciso confesar que los españoles no las dieron muchas y muy grandes. ¿Que maravilla? Los vencedores de Napoleón eran hombres de entrar por fuerza de armas el Olimpo y tomarse cuerpo a cuerpo con los dioses. Y no se achaque al artificio, si milicia tan provecta acabó por sucumbir y despejar la tierra; entre los oficiales españoles, pocos vinieron que se dejasen llevar al pilón: vencidos, destruidos, pero a furor de espada. Ni era Bolívar de los que encomiendan a la astucia el èxito de sus cosas, siendo por el contrario uno que no gustaba, nuevo Alejandro, de ocultar la

victoría en las entrañas de la noche.

Gran hombre de a caballo don Simón, pues verle en su Frontino, un Rugero. A pie y en el consejo:

Augusto in volto e in sermon sonoro,

como Godofredo de Bullón. Es realmente majestuoso cuando adelanta al encuentro del general español a resolver con él en Santa Ana las cosas de la paz o de la guerra. Escipión no es más interesante cuando acude a su avistamiento con Masinisa, según nos le describe Tito Livio, elevado, erguido, blanco, flotando sobre los hombros la rubia cabellera. Bolívar no era blanco, mas aun de tez curtida al sol del Ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuraban los bustos de los emperadores romanos; rostro bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de lord Byron, pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se

cuelga hacia las sienes del poeta, más que el guerrero tiene cuidado de atusar, como quien sabe que nada de femenil conviene al heroísmo. Los poetas pudieran llevar hasta airón en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones: las Musas traen corona de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada que de ninguna manera pase a brutalidad, pues el crudo afán de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura. Palas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. Quisiera yo saber cómo se hubiera presentado Bolívar a Napoleón; estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el centro de la naturaleza. ¿Desdeñaría Napoleón a Bolívar, si viviesen aún? No lo creo. ¿Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el

pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una hacen rebosar el universo.

¿En dónde está Bolívar? El es, allí le veo que corona la cima de ese monte. Una legión de sombras viene tras él: desmazalados, tristes, hambre en el cuerpo, abatimiento en el espíritu, dan sus pasos cual si adelantaran a la sepultura. El vestido se les quedó en las breñas por las cuales han roto como fieras; el vigor se les acabó con las provisiones; la alegría, desvanecida en el desierto; la esperanza, muerta con la escasez de espíritus vitales. ¿Quiénes son? Los héroes de Colombia. ¿A dónde van? A libertar un pueblo, a echar de una comarca esclavizada las huestes de Morillo. Y esos espectros sin paños en los miembros, sin fuerza en el brazo, vencerán, libertarán ese pueblo y limpiarán esa comarca de los enemigos que la infestan, porque a la vista de ellos el pecho se les prende en el furor guerrero, y la abundancia les vuelve redobladas las fuerzas. Bolívar ha

levantado la bandera tricolor de los llanos a los montes y, traspuestos los Andes, rompe por la Nueva Granada. Barreiro le sale al encuentro, Sámano se queda temblando: el guerrero, al campo de batalla, el tirano a poner la vida en seguro: ¿cuándo ha sucedido otra cosa? A la llegada de Morillo quedaron guadañados esos pueblos, habiendo caído la flor, no tanto bajo la espada del soldado, cuanto bajo la cuchilla del verdugo. Los españoles, con ser valientes y de buena raza, lo estragan todo con la crueldad: las *Bóvedas*, los templos de sus misterios, el cadalzo, el altar donde cantan esos *Te Deum* impíos con que lastiman los derechos de la impotencia y la desgracia. Morillo, entrada Santafé, dió la tala a las familias; no hubo hombre notable por el ingenio, el patriotismo y las virtudes que no cayese debajo de la jurisdicción del ejecutor, ese inmundo sacerdote de la tiranía. Las crueldades de la guerra, las acciones desaforadas que después de la victoria llevan adelante los enemigos poco generosos, cuando les hierve la

cólera en el seno y les arde la venganza en las entrañas, se pueden sufrir, no perdonar; y aun perdonar, si se contempla en la condición del hombre, ente mezquino sujeto a mil flaquezas y desvíos. Pero entrar a pie llano provincias sin género de resistencia; llegar a ciudades que por lo inermes no parecen enemigas, e imponerles la ley de sangre y fuego, no lo hacen sino esos hombres de alma cruda que ni aspiran a la gloria, ni exponen su existencia miserable al peligro de la guerra. Boves mil veces antes que Enrile; Boves mil veces antes que este consejero de Satanás, siniestro proveedor del patíbulo, cuyo altar no debía verse ni una hora falto de una víctima ilustre. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar. Pero Bolívar castiga a lo grande: el castigo impuesto por Bolívar es la victoria, y tras ella el perdón del enemigo. Los españoles hacían pocos prisioneros, aun regularizada la guerra; en pudiendo haber algunos a las manos, allí al punto los mataban. Bolívar nunca traspasó sus leyes tiz-

nándose la frente con un asesinato y si mandó matar fué imperando la guerra a muerte y obligado por la necesidad. Bolívar castiga a lo grande. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar.

Un hombre de alto puesto, pero que no era Bolivar, quiso desfacer los agravios de Morillo y Enrile con la ejecución de los prisioneros de Boyacá, y no consiguió sino empañar la victoria, la cual, sin este excusado rigor, hubiera sido tan limpia como fué grande y hermosa: desbarro tanto más deplorable cuanto que no era justo quitar la vida a los que la gozaban otorgada por el vencedor, ni presta algo para la gloria el degüello de gente prisionera. Andar, era hombre y sujeto a las pasiones. Las represalias son ley de la guerra; empero la victoria resplandece circundada de luz divina, cuando a lo justo de la causa se une lo humano del comportamiento. Sucre lo entendía muy bien cuando enviaba a España sanos y salvos los diez y seis generales prisioneros en Ayacucho. Generosidad es prenda del valor; sin ella

no hay grandes hombres. Cuando lo pide la salud de la patria, ya podemos pasar por las armas ochocientos, y hasta ocho mil españoles. ¿Hizo mal Bolívar en ordenar la ejecución de los prisioneros de la Guaira? No hubiera sido el guerrero filósofo, el capitán a cuyo cargo estaban cosas tan grandes como la libertad y la independencia, si por respetar a todo trance la vida de unos cuantos enemigos hubiera puesto, no digamos al tablero, pero a la ruina cierta el asunto de la patria, y en manos del verdugo, otra vez el verdugo, siempre el verdugo, la gente granada de mil pueblos y ciudades. ¿Cuántos prisioneros hizo pasar por las armas Bonaparte en su expedición a Egipto, porque no podía custodiarlos, ni otorgarles la libertad sin peligro de su ejército? Acciones crueles, pero inevitables, que no deslustran a los héroes. Las matanzas sin necesidad, los saqueos, los ultrajes al sexo desvalido son crímenes que vienen envueltos en infamia. Bolívar viene a castigarlos, allí viene Bolívar.

Joven inexperto ¿sabes quién es el enemigo al cual osas afrontar en el campo de batalla? Te hierve la sangre en las venas, pero tu corazón presiente una desgracia; ni es otra cosa esa melancolía fatídica que rompe por medio de la animación facticia de tu rostro y da en qué pensar a tus camaradas. Tu madre Iberia sabrá que uno de sus hijos ha combatido por ella en uno de los más célebres campos del Nuevo Mundo, pero no volverá a verte: tus laureles se te marchitaron en las sienes, la espada se te cayó de la mano, porque encontrarse el enemigo con Bolívar es perderse. ¿No sabes cuántas batallas ha ganado, y cuántos generales antiguos ha vencido, y cuántas proezas se hallan ya inscritas en los anales de la patria? El grande, provecto, temible es el que te busca, que te sigue: ponte en cobro, salva tus huestes con la fuga. Tú sabes que salvarse con la fuga es arruinarse: la infamia es siempre una derrota, al paso que la muerte en brazos de la honra es siempre un triunfo. Aun para la retirada es tarde,

las vueltas están cogidas, la espada de América relumbra sobre tu cabeza. ¿Para cuándo el denuedo de tu pecho castellano? En la batalla está tu ruina, pero evitarla es imposible. ¿Quién es el héroe que se dispara de la altura abajo y se viene fulgurando como el rayo? Anzoátegui te acomete, Anzoátegui te acuchilla. Anzoátegui te desbarata y extermina: es Anzoátegui el guerrero que vuela sobre un águila pisando en la cabeza a centenares de enemigos. Su espada silba en el aire, su brazo se retrae, y la punta de ese acero mortífero se abre paso por la garganta del que encuentra, y sale por la nuca un palmo. Bolívar manda, Anzoátegui ejecuta: él está por todas partes, sigue el pensamiento del general, y en su feroz caballo vuela fantástico, siniestro para el enemigo como el Genio de la muerte. ¿Quién se opone al torrente de esos héroes enloquecidos con el furor de la pelea? ¿Quién resiste el empuje de esos hombres maravillosos que parecen vomitar fuego y matar hasta con la mirada? Allá se levan-

ta una manga de polvo; el ruido de un galope inmenso se aleja del campo de batalla: el fiero castellano está vencido; los jinetes huyen aterrados, los infantes quedan en el suelo. Ya Rondón había puesto en Sogamoso un proemio sangriento a esta grande obra: Rondón el fiero, Rondón el bravo, una de las lanzas más temibles de Colombia, salvó a su general de en medio de los enemigos, rómpiéndolos, deshaciéndolos y echándolos a salvarse en las alturas de Paipa. Vencidos una vez, lo fueron otra, y ésta no hubo acogerse al gremio de la noche; que el sol, benigno y generoso, dió tiempo a la victoria.

La batalla de Boyacá echó el sello a la libertad de la Nueva Granada, pues nunca más volvieron los españoles a sentar la planta en su tierra bendita con la sangre de los buenos hijos de la patria. El general español con casi todos sus oficiales y gran parte del ejército fueron hechos prisioneros, no sin que hubieran mostrado en el combate el bien conocido valor de tan nobles europeos. Sámano el virrey. Sámano el opre-

sor, el héroe del cadalzo, trémulo y desconcertado, se puso en salvo abandonando la capital, adonde entró Bolívar al frente de los libertadores, en medio del júbilo inmoderado del pueblo que erguía la cabeza fuera del yugo, alzaba las manos fuera de las cadenas. Así entró Mac-Mahón a Milán después de las batallas de Solferino y Magenta, así entró Garibaldi a Nápoles después de la casi fabulosa toma de Sicilia. Los conquistadores entran en medio de maldiciones secretas de pueblos acuitados, hombres que amenazan en lo íntimo del corazón, mujeres que piden a Dios la muerte de esos extranjeros injustos: así entró Napoleón a Berlín, a Viena; así hubiera entrado el rey Guillermo a París. Bolívar gozó muchos días de satisfacción en su vida de huracán, vida de guerra continua; pero esta entrada a Santafé después de victoria tan gloriosa fué para él uno de sus triunfos más llenos de felicidad. No sabía que de entre las guirnaldas que iba cosechando por esas calles saldría después el puñal, que si no le

acertó en el pecho, le hirió en el alma, y para toda la vida: esa herida fué una de las que le llevaron al sepulcro, pues este hombre tan feliz murió con el alma acribillada, pero con un gran consuelo: sus esperanzas no se habían ido en flor, y a su muerte quedó cuajado el fruto de sus afanes.

¿Quién habla aquí de muerte? Ahora no hay muerte, sino vida; vida inmensa, inextinguible; vida de inmortales. Si la Nueva Granada estaba libre, Venezuela luchaba todavía, y su hijo, su gran hijo, vuela allá. ¡Libertad! ésta es la seña; ¡libertad! ésta es la voz que ha de resonar desde el Orinoco hasta el Apurimac, desde el Avila hasta el Misti, pasando por las regiones encumbradas del Cotopaxi y el Cayambe. Tres ejércitos republicanos cercan a los españoles en Venezuela: Mariño, Páez y Urdaneta son tres columnas obscuras, semejantes a los héroes de Ossián, cuya espada brilla como rayo de fuego. Llega Bolívar, y la tempestad se declara vasta y espantosa, hasta que en Carabobo, dá al través

con la nave en que aun bogaban pujantes los opresores del Nuevo Mundo. Carabobo, campo inmortal, ¿por qué no te han declarado santo los padres de la patria? Los pueblos que no tienen una Elida no se atreven a echar la vista atrás, porque temen no ver nada en el mar de sombras que sus ojos encuentran. Un lugar de recuerdos, un depósito de glorias, un receptáculo de misterios donde los dioses entiendan en las cosas de los hombres, es indispensable para los pueblos ilustres: Maratón es santo para los griegos, Salamina es tan bendita como Samotracia. Y vosotras, llanuras de Poitiers, donde la media luna quedó en pedazos; vosotras, donde la cimitarra fué abatida por la cruz; vosotras, donde un mar de sangre musulmana dejó cerrado para siempre el paso a los conquistadores del Profeta; vosotras sois sagradas, no sólo para la nación donde os extendéis amplias y hermosas, sino también para todo el mundo, cuán anchamente se dilata la fe de Jesucristo. ¿Qué monumentos, qué señales autorizadas

por los legisladores de Colombia dicen al viajero: Este es el campo de Carabobo? Dos veces cayeron allí boca abajo nuestros enemigos; dos veces les dió allí Bolívar una lección sangrienta; allí quedó sellada la libertad de tres naciones, y no hay hasta ahora una piedra que diga al viajero: Este es el campo de Carabobo. Que no honremos nuestros lugares memorandos con columnas y pirámides donde gusta de posar la gloria, no es mucho; nuestro genio es destruir hasta los recuerdos de la sabiduría: un viandante encontró de puente de una acequia la piedra cargada con las inscripciones de Lacondamine y sus compañeros (1). El magistrado, el militar, el sacerdote, el indio ignorante, la ramera soez, todos hollaban sin saberlo esa prenda inmortal que en otra parte estuviera en un museo. Monumentos en Carabobo, en Pichincha, en Ayacucho ¿para qué? ¿No está ahí la naturaleza que no pierde la memoria de

(1) El sabio Caldas

los grandes hechos? ¿no están ahí los huesos de nuestros mayores sirviendo de inscripción indeleble? Los huesos no, pero las cenizas, esas cenizas pesadas, polvo de diamante, que no se van con ningún viento, como las del templo de Juno Lacinia. Desgraciado del hijo de América que ponga los pies en el suelo de Carabobo, Chacabuco y Tucumán y no sepa donde está. Esos campos se descubren desde lejos: las sombras de Bolívar, San Martín y Belgrano se elevan en ellos superiores a las pirámides de Egipto, y cuarenta siglos antes de llegar, el porvenir las contempla desde el obscuro seno de la nada.

Un día subió un niño a las altuturas del Pichincha: niño es, y sabe ya en donde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de la batalla. El monte en las nubes, con su rebozo de nieblas hasta la cintura: gigante enmascarado, causa miedo. La ciudad de Quito, a sus pies, echa al cielo sus mil torrres: las verdes colinas de esta linda ciudad, frescas y donosas, la circunvalan cual nudos

gigantescos de esmeralda, puestas como al descuido en su ancho cinturón. Roma, la ciudad de las colinas, no las tiene ni más bellas, ni en más número. Un ruido llega apenas a la altura, confuso, vago, fantástico, ese ruido compuesto de mil ruidos, esa voz compuesta de mil voces que sale y se levanta de las grandes poblaciones. El retintín de la campana, el golpe del martillo, el relincho del caballo, el ladrido del perro, el chirrio de los carros, y mil ayes que no sabe uno de donde proceden, suspiros de sombras, arrojados acaso por el hambre de su aposento sin hogar, y subidos a lo alto a mezclarse con las risas del placer y corromperlas con su melancolía. El niño oía, oía con los ojos, oía con el alma, oía el silencio, como está dicho en la Escritura; oía el pasado, oía la batalla. ¿En donde estaba Sucre? Tal vez aquí, en este sitio mismo, sobre este verde peldaño: pasó por allí, corrió por más allá, y al fin se disparó por ese lado tras los españoles fugitivos. Echó de ver un hueso blanco el niño, hueso medio

oculto entre la grama y las florecillas silvestres: se fué para él y lo tomó: ¿será de uno de los realistas? ¿será de uno de los patriotas? ¿es hueso santo o maldito? ¡Niño! no digas eso: hombres malditos puede haber; huesos malditos no hay. Sabe que la muerte, con ser helada, es fuego que purifica el cuerpo; primero lo corrompe, lo descompone, lo disuelve; después le quita el mal olor, lo depura: los huesos de los muertos, desaguados por la lluvia, labrados por el aire, pulidos por la mano del tiempo, son despojos del género humano; de este ni de ese hombre, no: los de nuestos enemigos no son huesos enemigos; restos son de nuestros semejantes. Niño, no lo arrojes con desdén. Pero se engañaba ese infantil averiguador de las cosas de la tumba: los huesos de nuestros padres muertos en Pichincha son ya gaje de la nada, el polvo mismo tomó una forma más sutil, se convirtió en espíritu, desapareció, y está depositado en la ánfora invisible en que la eternidad recoge los del género humano.

Hubiera convenido que ese niño, que no debió ser como los otros, hállase en el campo de batalla una columna en la cual pudiese leer las circunstancias principales de ese gran acontecimiento.

¿En donde está Bolívar? El es, allí le veo, al frente de un ejército resplandeciente. Estos no son como los que traspusieron los Andes, sombras y espectros taciturnos, sino *robustos cazadores del Señor* que siguen la pista al león de Iberia y llevan en el ánimo cogerle vivo o muerto, aun en los confines de la tierra. Pero el león no huye: en su sitio los espera, los ojos encendidos, inflada la greña, las fauces echando espuma y azotándose los ijares con la cola. Latorre manda las huestes españolas; con él están los jefes de más renombre en la campaña, los soldados de Boves, vencedores de la Puerta. Pero los libres son regidos por Bolívar, y esta prenda de victoria les comunica el brío que han menester para conflicto tan grandioso. Las alturas han sido tomadas por el enemigo; los cañones. ha-

blando a nombre del rey de España, cierran el paso a los patriotas; las gargantas que desembocan en la llanura están obstruídas, e infantería y caballería en ordenación de batalla esperan cuando han de dar sobre ellas los soldados de Bolívar. ¿Por dónde las acometen? ¿por cuál lado las hieren? Todo está defendido, y habrán de caer por miles ante las bocas de fuego, primero que rompan por el valle. ¿Quién se muestra de improviso por el flanco derecho, por donde a nadie se esperaba, y sacude la melena en ademán de amenazar? ¡Oh Dios! es el más terrible de los enemigos, el más temido, ese hijo de la Tierra que en las Queseras del Medio la había hartado a España de sangre de sus propios hijos. Los valientes del Apure han desembocado en la planicie, comienza la pelea: los republicanos mueren, son uno contra ciento, ceden el campo. ¿Ceder? eso sería donde no llegasen los hijos de Albión, hijos de una vieja monarquía que combaten por una joven república. ¡Y qué combatir, señor! Hincada la rodilla

en tierra, cual si adorasen al dios de las batallas, impávidos e inmóviles, tiran sobre el enemigo, quitan cien vidas y caen ellos mismos muertos en esa postura reverente. Minchin, héroe esclarecido, tu nombre constaba ya en los registros de la patria, y compareces nuevamente a dar más estrépito a tu fama; Minchin, noble extranjero. ya no eres extranjero, sino hijo de Colombia, por tu amor hacia ella y tus proezas; Minchin, y tú, Famior heroico, en vosotros saludamos a todos esos ingleses invencibles que tan larga parte tuvieron en las batallas más gloriosas de la independencia, en Boyacá, en Carabobo. Salud, hijos de Albión, Legión Británica cuyos huesos fecundan nuestros campos, cuyo espíritu se confunde en la eternidad con el de nuestros propios héroes.

Los españoles cargan con ímpetu redoblado, se echan sobre los libres en numerosos batallones, bastantes para abrumarlos con el peso, aun sin las armas; y de hecho los abruman. Pero llega Heres, y la victoria le vuelve la espalda al enemigo; llega Muñoz,

llega Rondón, llega Aramendí, llega Silva; ¿cuántos más llegan? ¡Los Tiradores de la Guardia, los Granaderos de a caballo hacen prodigios; Marte obra sus milagros por el brazo de esos titanes que matan dos a cada golpe. ¡Los Rifles! ¿dónde están los Rifles? Allí vienen; ¿Quién arrostra con esos batallones fieros, esos que olvidan la cartuchera, a bayoneta calada se van para el centro de los enemigos batallones, y a diestro y siniestro los hieren, los acuchillan, los derriban, pisan sobre ellos y siguen el alcance a los fugitivos? Bolívar manda: la espada en alto, la voz resonante, vuela en su caballo tempestuoso, y hora está aquí, ora allí, siempre donde muestra preponderar el enemigo: su alma se derrama sobre todo aquel espacio, y en llamas invisibles envuelve a los combatientes, que dominados avanzan por encanto sobre el fuego. Páez, brazo de la muerte, como Fergo, no sosiega; se echa en lo más espeso de la riña, mata a un lado y a otro, su espada se abre paso, y deja rotas y turbadas las líneas enemigas. Bolí-

var la cabeza; Páez el brazo de la guerra.

¿Adónde huyes adónde arrastras a tus cuitadas huestes, miserable? Te conozco: esa cara tinta en sangre, y no la de la batalla; esos ojos espantados; esa cabellera erizada; esa mano trémula, cuya arma verdadera es la larga uña; esa rapidez con que huyes hacia el Pao me dicen que eres Morales, el cobarde, el sanguinario Morales, deshonor de los valientes de la madre patria, infamia de la guerra. Boves no hubiera huído; Morales huye: Boves era valeroso, Morales nada más que robador y asesino. Huye, huye veloz que si te alcanzan, la cuerda te espera, no la bala. Zuázola muere en la horca, ¿no lo sabes?

Victoria grande que nos trajo en su seno una grande pesadumbre: murió Cedeño, «el bravo de los bravos de Colombia»: murió consumado el triunfo, murió en los brazos de este fiel amigo suyo. Habíase vencido, ¿qué quería el bravo de los bravos? Valencey se retiraba en buena formación, haciendo frente al enemigo,

rechazando las cargas de los jinetes americanos; Cedeño no lo pudo sufrir; y cuando ciego de valor y valentía se echó a romperlo y desbaratarlo él solo, cayó con cien heridas de la cumbre de la gloria. Preciso era que el pundonor de España se salvase siquiera en un cuerpo de su ejército, ese pelotón de héroes que se defendió de firme hasta cuando la Cordillera le amparase. Al Valencey nadie le pudo: Latorre fue vencido, pero este cuerpo salió intacto a fuerza de serenidad y pericia: tan pronto era roto como volvía a su formación; falange inmortal, dejó la victoria en el campo; el honor, salió con ella: éstos son los soldados.

Y tú, difunto fiero, que yaces boca arriba, ¿quién eres? Plaza, invicto Plaza, tu también ganaste la palma del triunfo y la del cielo al propio tiempo. ¡Cuán terrible estás aun sin la vida! Valor, coraje, ímpetu de la sangre, todo se ve en tu rostro, donde fulgura la belleza de la guerra, esa belleza terrible que hace temblar a los cobardes. Muere, amigo; si en las obscuras entrañas de

la nada se pierden los cuerpos de los héroes, sus nombres quedan grabados para siempre en el alma de los que viven, y esta herencia se transmite a las generaciones más remotas enriqueciendo a los hijos de los hijos. Con esta jornada se echó punto final a las grandes batallas que de poder a poder se dieron en Venezuela realistas y republicanos, y desde entonces fue cuesta abajo la resistencia de los españoles en América, hasta cuando en Ayacucho declararon no poder más. No quedaban sino algunas plazas fuertes; mas Puertocabello no podía ser impedimento para la constitución de la república, y el guerrero comparece ante los mejores hijos de esta joven madre a dar cuenta de la terminación de su grande obra. La libertad estaba conquistada, la emancipación asegurada: un pueblo salía del abismo de la esclavitud sacudiéndose las sombras, y con alta frente y paso firme ganaba un asiento entre los libres y civilizados de la tierra. Las cadenas, en pedazos, fueron echadas al mar; sus fracmentos desmedidos

resonaron en sus obscuras profundidades auyentando a los monstruos de la naturaleza, y hasta el callo que deja el yugo se ha disuelto en el cuello de las naciones redimidas. Pero Bolívar tiene aún que hacer: su espada no va a suspenderse en el templo de la gloria, pues mientras hay en el Nuevo Mundo un pueblo esclavo, su tarea no se ha concluído, y él dice en su ánimo lo que el poeta ha de expresar después en el dístico memorable:

Mientras haya que hacer, nada hemos hecho.

¿En dónde está Bolívar? El es; allí le veo: la sombra imperial de Huaina Capac se le aparece en las nubes y le dice que se ha de cumplir su profesía; él ha leído en el libro de las disposiciones eternas que el país de los Incas será libertado por un gran hijo del sol, vengada la memoria de sus descendientes. Bolívar deja su patria; Chimborazo queda a sus espaldas, se echa al mar, desaparece por el mundo. ¿En dónde está Bolívar? El es, allí le veo:

con el rayo en la mano amenaza a a los opresores del pueblo en cuyo auxilio ha volado en alas de la victoria; Junin mira allí resplandeciente al padre de Colombia. Él combate es a caballo: cada jinete monta uno digno de un emperador, corcel egregio que pide la batalla con ese resoplar y ese manotear que llenan el campo de marcial bullicio. La barda le incomoda, trae limpios y sueltos los miembros, sin más adorno que la testera de grana, ni más resguardo que la herradura. No sale de la línea, porque en medio de su fogosidad es obediente; pero allí se mueve, levanta el brazo en curva amenazante, extiéndelo con fuerza sobre el suelo repetidas veces, gime la tierra a la presión de ese loco martillo. En inquietud colérica, vuelve los ojos a un lado y a otro; el vaivén de su cuello recogido indica que algo le irrita y le urge los espíritus. Le tiembla el vasto pecho, recoge el cuerpo, tira el freno y quiere dispararse a beberse los espacios. Canterac, ufano de sus escuadrones invensibles, alto y sober-

bio, recorre sus líneas, les habla de la *madre patria*, del *honor de las armas castellanas*: suya es la victoria. Esos valientes son terribles a la vista, irresistibles al encuentro; un ancho fiador de piel de oso les sujeta el morrión, simulando una espantosa barba; erizado el bigote, parece en ellos el símbolo del valor enfurecido; ninguno siente miedo.

Frente por frente la hueste republicana no muestra aspecto más humilde: con su mirar de águila, el terrible llanero señala para la muerte a tal o cual enemigo. La vaina del sable cuelga larga y resonante de un talabarte de cuero blanqueado; la hoja está al hombro; la lanza, con el regatón en la cuja, se halla lista para ponerse en ristre. Hablan los jefes, rompen el aire los clarines; a espuela batida los caballos, los enemigos escuadrones entran hasta ponerse rostro a rostro, y en ademán de acometer, déjanse estar un buen espacio en fiera y muda contemplación callando las espadas' ¿Qué ideas hierven en ese instante en la cabeza de esos hombres que

van a quitarse la vida? ¿qué afectos en esos feroces corazones? Brown, noble teutón que combate por la república, rompe la batalla con un bote de lanza tal, que trae al suelo en lastimosa descabalgadura al jinete su contrario, un ibero desemejable que con la vista le estaba retando a la pelea. Es fama que no se oyó sino un tiro de pistola en esta acción, donde obraron el sable y la lanza puramente. Hasta ahora se oye ese chis chás que horripila, ese gemir irritada la cuchilla afanándose más y más sobre el mísero cuerpo humano. Alanceáronse y matáronse muy a su sabor los dos ejércitos, hasta cuando los españoles tuvieron por más cristiano ponerse en cobro, atrás los colombianos sacándoles los bofes por el vientre en la punta de la hoja, que comparece una tercia por delante. Sangre corrió ese día: Miller, Necochea, La Mar, Laurencio Silva mostraron puesto en su punto, bien así el denuedo como el esfuerzo del pecho americano. Miller guiaba a los hijos del Perú, y nada tuvo que hacer en el ánimo de

ellos para verlos impávidos en el recibir al enemigo, terribles en el acometerle.

¿Son esos los garzones delicados,
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?

Sí, que ni los halagos de la beldad de Sciros envilecen a Aquiles, ni los encantos de Armida contienen a Reinaldo: la guerra tiene también su seducción, y muchas veces sus incentivos son tales, que nada pueden suspiros ni lágrimas de hermosas contra esa cruda rival que les arrebata sus adoradas prendas. Los hijos del placer, los muelles habitantes del Perú desmintieron entonces, y han vuelto a desmentir en ocasión no menos grave, la sentencia del ferrarés:

La terra molle, e lieta, e dilettosa
Simile á se gli abitator produce ....,

dando a entender que la vida regalada enflaquece en el pecho del hombre, no solamente el valor, pero hasta las necesarias y puras afecciones

de libertad y patria. Ello es cierto que los que viven hasta el cuello en el dulce mar de la dicha, no son los campeones más temibles en las luchas de Belona; pero hay cordiales tan poderosos, que levantan el corazón y llenan el pecho de generosidad y nobleza. Sabido es que un conquistador se valió del lujo y los placeres para corromper y envilecer a un gran pueblo a quien temía; pero cuando la corrupción y el envilecimiento no han llegado a la médula de los huesos, siempre hay remedio. Los peruanos tienen fama de ser gente de alegre y buen vivir, de adorar la diosa de Pafos algo más de lo que conviene a la austeridad del filósofo; pero si no se crían para santos, nos han hecho ver que no llevan la túnica de los lidios, ni los humos del placer estragan sus espíritus. Livianos, risueños, alegres en el seno de la paz; ardorosos, esforzados, valientes en la guerra: tal vez ellos son los más cuerdos. Vivir pobres, abatidos, taciturnos, cultivando por la fuerza algunas virtudes, por falta de comodidad para

beneficiar los vicios, y morir insignificantes, si es sabiduría, es sabiduría necia e infeliz. No creo que pueblo lo sea más que aquel donde el tiranuelo madruga todos los días a comulgar; donde los ministros de Estado, los generales del ejército se postran como viles ante un fantasma tras cuyo hábito se está riendo Satanás; donde a los habitantes les prohiben salir de noche en las ciudades; donde comisan los esbirros y destruyen los instrumentos de musica, esta amable civilizadora de los pueblos; donde el amor, siquiera inocente y justamente interesado, tiene mil espías que le entregan al verdugo; donde la verdad es imposible, porque la hipocresía es la premiada; donde el valor se extingue con los nobles sentimientos del ánimo; donde la charretera, la mitra, la toga están sujetas al azote; donde una barbarie infame, cual excrencia pútrida, ha brotado en el bello cuerpo de la civilización americana con síntomas de incurable. ¿Qué decís de un pueblo donde se arrastra por las canas a un anciano prócer de la independencia,

un general envejecido en la guerra de la libertad; se le echa en el suelo y se le azota? ¿qué decís de un pueblo donde los militares sostienen a capa y espada al hombre que los prostituye, los envilece, los enloda, azotándoles sus generales? ¡Y esos miserables cargan charretera! ¡Y esos cobardes ciñen espada! Soldados sin pundonor, son bandidos que están echados al saqueo perpetuo en la nación; soldados sin valor ni vergüenza, son verdugos que gozan de buena renta, y nada más. El valor, el punto militar en el soldado; sin estas prendas, los que así se llaman son la canalla, son la lepra de la asociación civil. ¿Qué decís, qué decís de un pueblo donde la revolución ha venido a ser imposible, por falta de ambición en los militares? Digo ambición, porque justicia, patriotismo, amor a la libertad, son virtudes enterradas en el cieno ha muchos años. Mas la ambición que suele animar hasta a los pequeños; la ambición, vicio o virtud inherente en Sud-América a la clase militar; la ambición, que así como a las



veces estraga el orden justo y bien establecido, salva otras la república derribando a los tiranos; la ambición, pues ni la ambición halla cabida en el pecho de esos militares. ¡Militares! ¿qué ambición en el del esbirro? ¿qué ambición en el del verdugo? La soga es su arma, el patíbulo el altar donde piden a su dios por sus semejantes: que comer, que beber, honra y gloria de esos héroes. Incapacidad, no tanto; vergüenza los retrae; tienen la virtud de la vergüenza, ¡ellos! Temen que en el palacio, si por descuido vuelven la espalda, el cuerpo diplomático les descubra tras la casaca las cicatrices, las huellas largas y coloradas del azote. ¿Cómo han de ser ambiciosos? basta con que sean codiciosos: el dinero su profesión, el sueldo su honra, la servidumbre su deber. ¡Y cargan charretera, y ciñen espada los felones! «Venid, general Petitt, que yo abrace en vos a todo el ejército». Abrazando al general, abraza uno al ejército; azotando al general, azota al ejército. ¿Que decís de soldados, de oficiales que azo-

tan a su general de orden de un despreciable leguleyo, y se confiesan y comulgan porque éste se lo manda? ¡Y cargan charretera, y ciñen espada esos carirraídos, cuando la escoba se deshonraría en sus manos! Si alguno siente encendérsele el rostro a estas palabras, no de ira, no de venganza, mas antes de vergüenza, le pongo fuera de mis recriminaciones, las cuales no se dirigen a los buenos sino a los malos, no a los hombres de pundonor sino a los infames. Nunca es tarde para el bien, amigos, y siempre es tiempo oportuno para recomendaros a nuestros semejantes con acciones dignas de memoria.

Ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, presta para la felicidad de las naciones; de la hipocresía, ¿qué diremos? ¡Qué de impiedades atrás de la falsa devoción! ¡qué de mentiras en el seno de la verdad simulada! ¡qué de pecados, qué de delitos, qué de crímenes debajo del sórdido manto de las virtudes fingidas! ¿Cual es el peor enemigo de los pueblos? El fanatismo. ¿Cuál

es el peor de los tiranos? El que vive con el demonio, y a nombre de Dios sirve a la mesa del infierno. ¿Cuál es la más desgraciada de las naciones? No la que no puede, sino la que no desea libertarse. Dije que ni el exceso de la austeridad sincera, filosófica, prestaba mucho para la felicidad de la república, y lo sostengo. No creo que pueblo haya vivido en ningún tiempo vida más triste que el de Esparta: virtud montaraz, virtud selvática. Para dar la ley a la Grecia los atenienses no necesitaron convertirse en osos del polo. Si los franceses vivieran al pie del confesor, dando de comer al diablo; si anduvieran la lengua afuera, de iglesia en iglesia, hartándose de pan sin levadura por la mañana, y cenando en secreto con el dios Príapo; si no osaran levantar los ojos, y su paso fuera el de tristes sombras que acarrean en el pecho un dolor incurable, el dolor de la hipocresía, que es horrible enfermedad; si los franceses fueran este pueblo, no irían con la frente radiosa, a noble paso, adelante de las nacio-

nos civilizadas, aún después de vencidos. Luis Veuillot ayuna, se confiesa, comulga, es cierto; pero aún a él ya le hicieron entregar su delantal al papa. Yo pienso que Loyola no es bueno para emperador, rey ni presidente; si está en el cielo, ¿a qué otra cosa aspira? Hablando estaba yo de los peruanos: ah, sí, este pueblo se ha ennoblecido grandemente: ni teme a invasores, ni sufre tiranuelos; y aunque se va con Elena, se halla presente a la lista. Alcibiades adora a Marte y Citerea. Despues de un *dos de mayo*, ¿quién tan injusto que los sindique de cobardes? (1) Los peruanos tienen su flor en la corona de Junín: los peruanos con Miller; los argentinos con Necochea; y esta alhaja desmedida adorna las sienes de Bolívar. La batalla de Ayacucho puso fin a la guerra de la emancipación en Sud

(1) Con pena vuelvo a recordar que estas páginas fueron escritas siete años ha. A otros hechos, otros conceptos.

América: gloria a Dios, ya somos libres!

Fundadas dos naciones en el Perú, tornó Bolívar a Colombia: el reinado de los favores había concluído, principió el de la ingratitud. Cuando su espada no fue necesaria vino su poder en disminución, y tanto subieron de punto la envidia y la maldad, que apenas hubo quien no acometiese a desconocerle e insultarle. Y cinco repúblicas estaban ahí declarando deber la existencia al hombre a quien con descaro inaudito llamaban monarquista los demagogos de mala fe, y tachaban de aspirar a la corona. Valor, talento, brazo fuerte y alma grande, pero ambición y tiranía; ¡aquí de Bruto! ¡aquí de Casio! Me parece estar viendo a los sacerdotes de Osiris cuando llevan al dios Apis a ahogarle con gran pompa en el Nilo, apasionados por el mismo Genio que sacrificaban. Si los españoles volvieran entonces y entraran por fuerza de armas la República, los ingratos compatriotas de Bolívar le llamaran, y él no los oyera; fueran a buscarle, y no le hallaran.

Los grandes dolores propenden a la tumba, los hay tan fuera de medida, que con ser vastas las entrañas de ese refugio insondable, rebosan en ellas, y sus senos repiten sordamente los gemidos de los desgraciados grandes. La posteridad toma a su cargo el resarcir esos quebrantos; pero lo padecido ni la gloria lo borra. Hombres ciegos, hombres ingratos que habéis desconocido y escarnecido a vuestro libertador, si en los confines de la eternidad encontráis la sombra del padre de la patria, allí será el bajar la vista y el caer de rodillas ante ese grande espectro. Bárbaros hay todavía que escarizan sus llagas, oradando el sepulcro, escarbando sus entrañas: si el héroe lo sintiese, la eternidad temblaría a esos gemidos, como la mar temblaba a los ayes de Filoctetes. Nueva ocasión, ¡y grande, de admirar lo avieso de la naturaleza humana; sino es que mirando cómo se extrema la ingratitud en este caso, la cólera nos gana primero que la maravilla. Semejantes a Pherón, tiran sobre los dioses, pero pierden la vista. Su

espada, la del gran hijo del Nuevo Mundo, como la maza de Hércules, da de sí un olor pungente que ahuyenta a los perros y a las moscas: también este héroe ha sacrificado al dios Myagro. Ninguna ave siniestra se atreve a volar sobre su tumba, porque cae muerta como las que pasaban por sobre la de Aquiles. Calystenes dice que el mar de Panfilia se agachó para adorar a Alejandro; Olmedo quiere que el Chimborozo haga la propia demostración con un mosquito:

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor.

Esta cláusula tan bien rota conviniera a la grandeza de Bolívar, antes que al jefe hiperbóreo que pasaba caballero en un chivo a destruir los huevos de grulla. ¿Y al que saludaran humildes los montes y los mares, no hemos de venerar nosotros? «No, porque quiso hacerse rey». Los augures anunciaron a Genucio Cipo que si entraba en Roma sería rey. Genucio torció el camino y se des-

terró de Roma para siempre. Bolívar hubiera hecho lo propio: un libertador no desciende a la condición de simple monarca. Este Simón de Montfort que junto con sus varones de fierro había echado los cimientos de la libertad, no podía destruirla cuando estaba fundada. La envidia es musa aleve, inspira iniquidades; o digamos más bien, es arpía que se echa sobre la buena fama y las virtudes: ingratitud es manceba del demonio. Seamos como la estatua de Memnón que, herida por los rayos del sol en el desierto, da de sí un suspiro melodioso, certificando de este modo los misterios de la luz: dejémonos herir por los destellos de la verdad, y oiremos en lo profundo del pecho un son vago, embelesante que nos haga sospechar la música del cielo. Verdad, justicia y gratitud componen un instrumento celestial, cuya armonía deleita aun a los seres inmortales.

A orillas del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde: poca gente, poco ruido. El mar da sus chasqui-

dos estrellándose contra las peñas, o gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles obscuros al rededor de la casa parecen los dolientes; los dolientes, pues ese hombre se muere. ¿Quién es? Simón Bolívar, libertador de Colombia y del Perú. ¿Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo? ¿dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el hecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es proscrito a quien cualquier perdido puede quitar la vida: su patria lo ha decretado. ¡Me siento convertir en un Dios!—exclamó Vespasiano cuando rendía el aliento. Bolívar rindió el aliento y se convirtió en un dios. El espíritu que se liberta de la carne y se hunde en el abismo de la inmortalidad, se convierte en dios: abismo luminoso, glorioso, infinito: allí está Bolívar. El puñal no sube al cielo a perseguir a nadie. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable a su grandeza. Manio Curio, Fabricio, Emilio Paulo murieron indigentes; Régulo, si no araba con su mano su

pegujalito, no podía mantener a su familia; y Mumio nada tomó para sí de los tesoros inagotables de Corinto. Arístides, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase, y habían vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno, y mueren dejando el mundo lleno de su gloria. La codicia no es achaque de hombres grandes, puesto que la ambición no deja de inquietarlos con sus ennoblecedoras comezones; enfermedad agradable por lo que tiene de voluptuoso; temible, si no la suaviza la cordura. Si Bolívar hubiera sido naturalmente ambicioso, su juicio recto, su pulso admirable, su magnanimidad incorrupta le hubieran hecho volver el pensamiento a cosas de más tomo que una ruin corona, la cual, con ser ruin, le habría despedazado la cabeza. Rey es cualquier hijo de la fortuna; conquistador es cualquier fuerte; libertadores son los enviados de la Providencia. Tanto vale un hombre superior y bien intencionado

que no conocerle es desgracia; combatirle conociéndole, malicia imperdonable. Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios: dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

